OBRAS DE VIRGILIO

Traducidas en verso castellano
con introducción y comentario
crítico y explicativo

POR

MIGUEL ANTONIO CARO

SEGUNDA EDICION COLOMBIANA

Hecha sobre los manuscritos,
inéditos en parte, del autor

TOMO PRIMERO

EGLOGAS - GEORGICAS

EDITORIAL DE LA LIBRERIA VOLUNTAD, S. A.
Bogotá — 1943



GEORGICAS

INTRODUCCION

Se dice que por insinuaciones de Polión se animó Virgilio a escribir sus Eglogas (a. 712-715), y que a consejos de Mecenas debemos el inimitable poema de las Geórgicas (717-725).

Habiendo pasado de España al gobierno de la Galia Cisalpina, a fines del año 711, aquel antiguo amigo de Antonio, que así manejaba la espada como vestía el trágico coturno, conoció al joven poeta de Andes, y como viese sus primeros ensayos, le estimuló probablemente a continuar cultivando el género pastoral. Ya en la Egloga III, compuesta con la II el año 712, nos dice Virgilio (v. 84) que Polión aprobaba las inspiraciones de su musa, bien que fuesen sobre asuntos campestres.

Ni es impropio, cuanto menos indigno, del hábil consejero de Augusto que en principios de administración y economía pública se adelantó a su época, el que hubiese propuesto a Virgilio un asunto cuyo desempeño feliz cooperaba con los planes del ministro, a reparar la agricultura de los daños de que gemía. Repetir en nombre de las musas las alabanzas con que los antiguos censores honraban la profesión del cultivador, mostrar la importancia de sus labores, recordar su origen divino [1] y realzar con las galas de la elocución los encantos de la vida rústica, todo esto contribuía a matar el desdén con que los hombres libres, aficionándose al ocio y al lujo ciudadano, entregaban el cultivo a manos esclavas; todo esto era abrir a la patria afligida las fuentes de su riqueza y prosperidad. César había pensado, aunque en vano, en restaurar la agricultura [2]; y Mecenas hizo comprender a Augusto que estaba en sus intereses proseguir en el pensamiento de proteger las artes agrarias, a fin de sosegar los ánimos y ocupar los brazos, de contentar al pueblo con los bienes de la abundancia, y afianzar con la bienandanza pública su propia dominación.

Hay, además, dos pasajes de Virgilio (Ecl. VIII 11 sq., G. III 40, 41) que inducirían a admitir como sugerida por Polión y por Mecenas la composición de las Bucólicas y las Geórgicas, si no fuera ajustado a buena crítica entender estos pasajes, bien con aplicación restricta, bien en el sentido galante de quien acredita por obra de sus amigos aquella

---

[1] "Aureus hanc vitam in terris Saturnus agebat". G. II 538.

[2] "Amavit nos quoque Daphnis" Ecl. V 52. Los alegoristas refieren el 'nos' a los cisalpinos. Pudiéramos entenderlo de los labradores en general; cf. Ecl. IX 47 sqq.

en cuya elección sabe que los complace, habiendo tal vez recibido de ellos durante el trabajo, ya útiles consejos, ya cordiales aplausos. Así, el primero de aquellos dos pasajes se refiere naturalmente no a todas las Eglogas, sino a sola la VIII, donde particulariza el poeta unas hechicerías, asunto que Polión pudo indicar a Virgilio, en los Idilios de Teócrito, para que lo tratase en versos latinos. El otro pasaje puede asimismo no referirse a todas las Geórgicas, sino tal vez al asunto del libro III. Si suponemos a Mecenas tan aficionado como lo fue a otros pasatiempos [1], a los venatorios, y así amante de los bosques naturales como de los artificiales que rodeaban su regia casa sobre el monte Esquilino, el 'tua iussa', unido al 'silvas saltusque' y a la mención que en seguida se hace de perros y caballos, denotaría que Mecenas indicó a Virgilio escribiese sobre la caza, materia relacionada, por los animales que en ella figuran, con el tema general del libro III de las Geórgicas. No hay, empero, para qué insistir en esta atrevida conjetura. Si tomamos el 'silvas saltusque intactos' en el sentido figurado que resulta de su cotejo con un pasaje análogo del mismo libro [2], entrarse por bosques no hollados o desconocidos significa emprender asuntos que nadie hubiese antes tratado en verso; en este caso, Mecenas habría aconsejado a Virgilio que apartándose de las pisadas de Teócrito, no siguiese las de los griegos, y de imitador feliz aspirase al título de autor original. Consejo este de harto difícil ejecución merecía ser calificado de 'haud mollia iussa', y parece haberlo aceptado Virgilio con noble ambición de gloria cuando al principio del mismo libro dice: "Sí, debo tentar nueva senda, por donde, levantándome del suelo, vuele victorioso en boca de las gentes". Virgilio dedicó a Mecenas sus Geórgicas; pero nada hay en ellas que nos autorice a atribuír asertivamente a insinuaciones de Mecenas la composición de ese poema didáctico. Para terminar su invocación a Augusto, en el libro I (41-42) convídale a que, participando de la compasión que él siente por los pobres, le proteja en la empresa de alumbrarles la senda en que caminan con poco tiento:

Ignarosque viae mecum miseratus agrestis . . .

---

[1] Virgilio y Horacio en un viaje de que habla el segundo (I Sat. V), llegando a la posada se fueron a dormir mientras Mecenas salió a jugar a la pelota.

[2] Compárense:

"Interea Dryadum silvas saltusque sequamur
Intactos, tua, Maecenas, haud mollia iussa".
G. III 40, 41.

"Sed me Parnasi deserta per ardua dulcis
Raptat amor; iuvat ire iugis qua nulla priorum
Castaliam molli devertitur orbita clivo".
Ib. 291-293.

Aquí la compasión aparece como un sentimiento espontáneo del poeta, y el estado decadente del cultivo, la ignorancia de los labradores, como motivo que le impulsó a componer el poema.

"La suposición (dice Mr. Long en la Vida de nuestro poeta) de que las Geórgicas se escribieron para reanimar la abatida agricultura, como si pudiera alentarse la industria de un país por medio de un esmerado poema, que pocos rústicos leerían y menos entenderían, no necesita refutación". Pero ello es que Virgilio principia por presentar su obra en ese concepto. La poesía antigua era más aristocrática que la moderna: asociábase el interés de la utilidad práctica al culto de la excelencia artística. Heyne hace ver la grande autoridad de que gozaba la poesía entre los romanos [1]. Mr. Long confiesa que aun antes de la muerte de Augusto empezaron ya las obras de Virgilio a leerse en las escuelas, lo cual indica la influencia que pudieron ejercer las Geórgicas en la mente del pueblo romano. Virgilio dice que cantaba los preceptos de Hesíodo *Romana per oppida* [2], y no para escogidos lectores cortesanos. El hecho de revestir de atractivos la agricultura ante la opinión ilustrada y a los ojos de los magnates, mostrándola como fuente primera de riqueza y de poder, era ya favorecer mediatamente los intereses de la gente labradora.

La principal observación que ocurre contra la idea de considerar a Virgilio siguiendo siempre, al emprender sus obras, la inspiración de sus amigos poderosos, es que todas ellas arrancan naturalmente de sus inclinaciones instintivas y de su educación, y encadenándose unas con otras, marcan el lógico desenvolvimiento de su espíritu. Hijo del campo, y del campo enamorado, sus primeros ensayos está en el orden de las cosas que fuesen bucólicos. Con ellos se enlaza por el asunto un poema didáctico que por su forma y ejecución lleva ya en sí conatos de epopeya [3]. Es verdad que el autor de las Eglogas imita a Teócrito; pero de aquí no se infiere, como quiere Conington, que Virgilio cantaba asuntos pastoriles por afición a los libros pastorales, más apasionado del arte que de la naturaleza. Hay en Virgilio ambas cosas: imitación artística e ingenuo sentimiento. Competir con los modelos griegos imitándolos, fue en el siglo de Augusto el norte universalmente reconocido de toda composición literaria. Pero, aun imitando, el que es verdadero poeta descubre la originalidad de su ingenio en el estilo,

---

[1] Carminis auctoritas apud Romanos fuit summa, omninoque ex ea pendent Columella et Plinius, versibus quoque integris adscriptis". Prooem. in Georg.

[2] II 176.

[3] El natural enlace y progreso de las obras de Virgilio están bien caracterizados en aquellos discutidos versos de la introducción a la Eneida. El poeta, saliendo de sus *selvas* (Eglogas) dio leyes a los *campos vecinos,* (Geórgicas) y después de cantar las armas del labrador (G. I 160 cit. por Henry ad loc.) cobró aliento para cantar las de Marte. (Eneida).

y la peculiaridad de sus gustos en la elección del género que cultiva. La blandura graciosa del estilo virgiliano no fue adquisición literaria, sino don de musas que se regocijaban en la soledad de los campos. Así lo reconoce Horacio. Y cuando este escribía sátiras y odas, y mientras otros, contemporáneos y amigos de ambos, componían tragedias o cultivaban la elegía, ¿quién, sino la naturaleza, indujo a Virgilio a trillar solitario la escondida senda de la poesía pastoral? Solo Tibulo le iguala en la ternura de los afectos, en la suavidad de las imágenes, en la dulce melancolía del ritmo; solo Tibulo canta con tanta ingenuidad como él, aunque de paso, los placeres campestres; porque Tibulo, que también había nacido con un corazón sensible, triscó también de niño al pie de rústicos lares [1], y acostumbró los oídos a la flauta de Pan; cansado de las guerras civiles, desposeído en ellas de ricas heredades, como Virgilio de su humilde peculio, cantaba la medianía, gozándose en sembrar por su mano sus vides y podar sus frutales, en fantasear, a las veces, sesteando a la orilla de bullidoras aguas, y en volver a casa trayendo al seno la ovejuela o cabrito rezagado en el camino [2]. Solo que Tibulo mancha con sus amores cortesanos la corona de espigas que ofrenda a Ceres; en su elogio a la paz [3], el labrador que del bosque sagrado torna a su albergue, trayendo en un carro su mujer e hijos, no se recomienda por su sobriedad: Virgilio no conoce otras ninfas que las divinas moradoras de las selvas y canta la dicha del honrado labrador cuya casta familia conserva tradiciones de pureza [4]. A pesar de estas diferencias, Virgilio y Tibulo sintieron por sí mismos las armonías de la naturaleza; ese sentimiento produce la magia prosódica que en el estilo de ambos nos cautiva.

Uno de los rasgos que distinguen a Virgilio entre los poetas de su siglo, es su decisión por la ciencia, su anhelo de investigar y de saber. Tibulo gustaba las delicias del campo, pero embelleciéndole la mujer amada, no del aislamiento del sabio:

Al campo va mi amor y va a la aldea;
El hombre que morada un punto solo
Hiciere en la ciudad, maldito sea! [5]

Horacio miraba como una felicidad olvidar el tráfago y bullicio de la corte, refugiado en una especie de castillo rural, partiendo el tiempo entre el descanso, el sueño y la sabrosa lectura de libros viejos [6]. Esta

---

1 I El. I 19, 20; X 15, 16.
2 I El. I.
3 I El. X 51, 52.
4 "Casta pudicitiam servat domus". G. II 524.
5 II, Ecl. Traducción de Fr. Luis de León, Cf. I. I.
6 II, Sat. VI 60. Cf. I. Ep. X y XIV.

asociación de la soledad con el estudio está en las inclinaciones y sentimientos de Virgilio. Mas no científicas, sino de filosofía moral, eran las especulaciones a que, después de una mocedad un tanto licenciosa, holgábase de aplicarse Horacio [1] que, casi extinto ya el fuego sagrado, solo recibía inspiraciones de una musa sesuda y pedestre [2]; y Virgilio en medio de las selvas perseguía con imaginación apasionada [3], aquellas ramas de la filosofía que con el nombre de ciencia se han separado del tronco materno. No en Roma, sino en campos de la Italia meridional, talvez en una quinta cerca de Nola, compuso la mayor parte de las Geórgicas; y en este poema, como en sus otras obras, revela tanta copia de doctrina, tal cúmulo de conocimientos enciclopédicos, que uno de sus intérpretes modernos ha podido con justicia llamarle el "Salomón de los paganos" que lo estudió todo, desde el cedro gigantesco hasta la hierba menuda, y que parece a veces columbrar teorías y descubrimientos de siglos posteriores [4]. Donato dice que a las ciencias ("philosophiae") deseaba dedicar los años que le quedasen de vida luego que hubiese acabado de pulir la Eneida [5]. La noción que se formó Virgilio de un antiguo bardo era la de un hierofante de la naturaleza, como se ve en Iopas (A. I 740): concepto que —para el mismo comentador— no pertenece a la Roma de Augusto, sino a la Grecia primitiva, donde la ciencia era de carácter teológico al par que fantástico, y el verso, natural vehículo de todo género de conocimientos y de ideas. Confirmando esta observación recordaremos aquí que en los Campos Elíseos de nuestro poeta (A, VI 645, 667) Orfeo y Museo aparecen como padres de la poesía, presidiendo a la escogida turba de sacerdotes, de sabios y de benefactores del linaje humano. Y cuando en un pasaje notable, que forma parte del elogio de la vida rústica, al fin del libro II de las Geórgicas (475 sqq), en frase llena de entusiasmo cuanto modesta, se proclama Virgilio fer-

---

1 I Ep. I 11.

2 II Sat. VI 17, Cf. I, IV 39 sqq.

3 "Dulcis raptat amor"; "ingenti percussus amore", (G. III 291, II 476).

4 Mery, *Las abejas.* No es extraño que el poeta de los campos fuese agrónomo y filósofo distinguido; pero ¿cómo no han de asombrarnos sus conocimientos en ciencias extrañas a su educación y costumbres? "Nos mostró Virgilio en persona de Eneas" (dice Cervantes con la propiedad que suele, Quij. I, XXV) "el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido capitán". Admiraba ya el conde Algarotti, en efecto, la pericia en el arte militar que manifiesta nuestro poeta siempre que se trata de marchas, campamentos, fortificaciones, ataques y defensa de una plaza, etc. M. Auguste Jal, ilustrado historiógrafo que fue de la marina imperial francesa, publicó en 1861 un curioso libro que tengo a la vista, intitulado *Virgilius nauticus,* destinado a probar que Virgilio es escritor técnico de marina, y a censurar a sus desacordados traductores por haber suplantado con expresiones vagas o impropias los términos específicos y selectos del texto.

5 V. Vida de Virgilio.

viente adorador de las musas, las considera depositarias de la más alta sabiduría. Lucrecio había asociado la poesía con la metafísica; Propercio teje en sus elegías el oro de la erudición mitológica; Virgilio aspira a cantar las leyes secretas del universo, la filosofía de las ciencias. Solo pide a las musas que le enseñen las causas ocultas de los fenómenos celestes. Urania parece que fuera su numen predilecto: a cada paso en las Geórgicas, y alguna vez en la Eneida [1], descubre su decisión por la astronomía. Ni puede ser más ingenua y expresiva la declaración que hallamos en el mismo notable pasaje últimamente citado, respecto a su vocación y gustos. Anhela, lo primero, ser el poeta de la sabiduría; si no alcanza a tanto su ventura, será el poeta de los campos. Penetrar en el velado laboratorio de la naturaleza, o a lo menos gozar en silencio de sus encantos exteriores, son en Virgilio como dos fases o grados de su ideal de felicidad, que a las claras y en nombre del mismo poeta expresados en el lugar a que nos referimos, no dejan de asomar en otros lugares, en cabeza ajena, y como entre sombras [2]. Fr. Luis de León, espíritu de la misma raza que el autor de las Geórgicas, le interpreta con felicidad suma desenvolviendo una y otra aspiración, separadamente, en dos de sus odas más bellas: *La vida descansada* y *La noche serena.*

El ingenio de Virgilio era, por tanto, variado y progresivo. En las Eglogas que escribió a partir del año 713, como si sus nuevas relaciones con hombres políticos, el espectáculo de las armas romanas vencedoras, y la expectativa de una profunda transformación social, hubiesen exaltado su fantasía, se levanta a la entonación épica, pero sin abandonar los asuntos del campo. Ni los abandona en las Geórgicas, solo que en estas, al par que sigue pintando la naturaleza con nuevas galas poéticas, despliega gran copia de conocimientos agronómicos, adquiridos así por propia observación, como en el estudio de los geopónicos antiguos. Séneca y Columela hablan con alta estima de Virgilio como de escritor facultativo, y hoy mismo admiran su exactitud los que han estudiado la agricultura italiana. El respeto que el poeta profesaba a maestros extranjeros, no destruye la propiedad de su doctrina con aplicación a su país nativo. Al proponer Conington sus dudas en este punto, se funda en conjeturas literarias y no en razones científicas, pues en esta parte se declara incompetente. ¿Qué tiene de

---

1 Por ej. X 160, 162. Macrob. I Sat. "Astrologiam parcus et sobrius operi suo nusquam reprehendendus aspersit". Y el mismo libro V dice: "peritissimum fuisse in astronomia".

2 Referencia a la segunda aspiración Ecl. I 51-58; A. VII 774-7; X 51-53; a la primera:

Scire potestates herbarum ususque medendi
Maluit, et mutas agitare inglorius artes.

A. XII 396-7.

extraño en Virgilio, ni qué prueba contra la propiedad de su doctrina, el que se holgase de cantar por las poblaciones romanas las enseñanzas del viejo Hesíodo (G. II 174—176), cuando sabemos que, principiando por la forma del arado, hubo de antiguo comunidad de prácticas agrícolas entre los pueblos greco-itálicos? [1] Y en cuanto a fábulas y consejas, ¿cuántas de autores antiquísimos no trasladó a su libro el español Gabriel Alonso de Herrera, quien a pesar de esas transcripciones fue, y aun es acaso, el oráculo más popular de la agricultura española? No sería razonable que por episodios poéticos, tales como el de Aristeo, juzgásemos artificiales y falsos los preceptos agronómicos del autor de las Geórgicas.

A un tiempo su genio poético, su inclinación por el campo y sus estudios de ciencias naturales, conducíanle de la mano a componer un poema didáctico como el que dedicó a Mecenas, mediase o no consejo de este magnate, el cual, si lo dio, no hizo otra cosa que impulsar las invencibles inclinaciones del poeta. Tan cordialmente se asociaban, y así se confundian en él, su amor al campo y a las artes agrícolas y su vocación poética, que nunca se percibe en su poema el fastidio del autor que por tratar su asunto en toda su extensión abraza prosaicos y desagradables pormenores. Su cariño por los animales domésticos, su devoción a la inocencia y soledad de la vida rústica, y su gusto poético, se dan la mano para sostener su estilo siempre puro y animado: todo lo toca, sin que excuse por vulgar nada de cuanto interesa a los labradores; y todo lo poetiza, a semejanza de la luz del sol, que para derramar sus tesoros no va a elegir sitios pintorescos, ella misma los hace, y abrasa, penetra y embellece la naturaleza entera. Así también la verdadera virtud se acomoda a todas las situaciones de la vida, al tiempo de la aridez como al de la consolación.

Si ya en las Eglogas asoma el asunto de un poema didáctico de agricultura y se siente también muy pronunciado a las veces el tono de la epopeya, en las Geórgicas se presagia asimismo, y más a las claras aún, al cantor de la Eneida. Desde sus primeros años juveniles había tenido Virgilio la tentación de ensayarse en la épica, proponiéndose, según refiere Donato, cantar las glorias de Roma, o, como afirma Servio (ad Ecl. VI 3), las de los príncipes albanos; mas desistió del intento, mal hallado, dice este último gramático, con 'la aspereza de los nombres' [2]. Pero el mismo poeta, en la reconvención que le dirige Apolo al principio de la Egloga VI, indica una razón más verosímil, dando a entender que sus fuerzas eran por entonces desiguales a la magnitud de empresa semejante. Menos imposible que inmatura con-

[1] Mommesen, Historia de Roma, libro I. cap. II.

[2] "D'un seul nom quelquefois le son dur ou bizarre
Rend un poème entier du burlesque ou barbare". Boileau.

ceptuaba él su realización, supuesto que en los estudios que continuó haciendo, y en la composición, que a poco acometió, de las Geórgicas [1], enriquecía la mente, y ejercitaba sus fuerzas para embocar al fin la épica trompa. Según Donato, Virgilio en presencia y con ayuda de Mecenas, leyó sus Geórgicas a Octavio en Atela, estando de paso este emperador para Roma, de vuelta de Asia y vencedor en Accio, el año 725. Concluído en esta época aquel poema, bien que después recibiese retoques, debemos suponer, con arreglo a todos los datos que concurren a fijar esta fecha, que en el propio año principió Virgilio la composición de la Eneida. Mas a esta obra es forzoso que hubiese venido preparándose al mismo tiempo que escribía las Geórgicas. Es cosa averiguada que no compuso seguidamente ni los libros de las Geórgicas ni los de la Eneida; en diferentes ocasiones introdujo episodios acá y allá; de suerte que no hay impropiedad en decir que si salieron a luz los dos poemas en épocas distintas, no se elaboraron por separado en la mente de su autor. En la Eneida, así como no faltan reminiscencias de las Eglogas [2], hay pasajes tomados de las Geórgicas [3], y en estas, con especialidad en los libros III y IV, se reconoce sucesivamente, de una página a otra inmediata, ya el poeta bucólico, en el elogio, por ejemplo, de la vida rústica, o en la descripción de las preciadas hortalizas del viejo Coricio en la campaña tarentina; ya el épico, en la pintura de un combate de toros o de dos ejércitos de abejas. "Parece", dice Delille, "que nada trató Virgilio con tanta complacencia como las abejas. Ennoblece todo lo que hacen estos insectos, con metáforas tomadas de las más importantes ocupaciones de los hombres. No pinta menos bravos los combates de Turno y Eneas que los de dos enjambres. Si en la Eneida compara los trabajos de los troyanos con los de las abejas o las hormigas, en las Geórgicas equipara las ocupaciones de las abejas a las de los ciclopes. En fin, el libro IV de las Geórgicas parece un preludio de la Eneida". Es más: estos arranques épicos envuelven a las veces lecciones políticas. Por ejemplo: para el poeta el régimen monárquico de las abejas es nada menos que don de sabiduría con que Júpiter quiso premiarlas (G. IV 149, sqq.); recuerda que muchos las creyeron, por su modo de gobernarse, participantes de la esencia divina del alma humana (219 sqq.); que en lealtad al soberano no las iguala el persa ni el egipcio (210 sqq.); llamando pequeños 'quirites' a los insectos-ciudadanos, el poeta inviste sus instituciones no solo con la dignidad de lo

---

[1] Principiáronse el año 716 o 717; en el de 714 habíase escrito la citada Egloga VI.

[2] Por ejemplo el verso 78 de la Egl. V es también el 609 del primer libro de la Eneida.

[3] Por ejemplo: Geo. IV 170-175: Aen. VIII 449-454.

que al hombre concierne, sino con las glorias del pueblo romano (201); los destinos de la alada casta le merecen el nombre de 'fortuna domus' (209), expresión favorita del período imperial para señalar el sino glorioso de la familia reinante; los volantes guerreros que agrupados en torno de su rey le alzan en hombros, dichosos de morir en su defensa (215-218), son imagen de los soldados romanos cuando levantaban al jefe sobre sus escudos proclamándole emperador [1]. No sin razón, pues, anuncia el poeta a Mecenas al principio del libro, que en cuadro de objetos diminutos tendrá ocasión de admirar grandes ejemplos de civil prudencia y de valor militar. De aquí, acaso, la emblemática importancia de aquel libro: "In tenui labor; at tenuis non gloria".

Considerados ambos poemas como producciones de carácter nacional y patriótico, las Geórgicas y la Eneida sirven bajo dos fases distintas a un mismo pensamiento, así como los nombres de Italia y Roma presentan los dos aspectos característicos de una nación agrícola a un tiempo y conquistadora. La riqueza de la patria residía, para los romanos, en la feracidad de su suelo, y su gloria y poderío en el arrojo y valor de una raza que avasallando pueblos extraños, debía dilatar los límites del imperio hasta igualarlos con los del mundo conocido. Las artes del cultivo fueron en los buenos tiempos honradas al par que las de la guerra. Habían cultivado las unas y conjuntamente ejercitádose en las otras los varones más ilustres y las más nobles familias de la república. "Nuestros mayores", decía Catón el Viejo (*De R. R. I*), "cuando querían alabar a alguno de buen ciudadano, apellidábanle buen labrador y buen colono". El guerrero victorioso sosiega sus ambiciones radicando su pujanza en la posesión de la tierra sometida; y si aspira a perpetuar en sus sucesores el adquirido predominio, está obligado, por ley providencial de justicia, a sanear su fundo y cultivarlo. Solo el asiduo trabajo ('labor improbus') da valor a la ocupación. Desde tiempos remotos "la política guerrera y conquistadora de los romanos", dice Mommsen (H. R. I. XIII), "se apoyó, lo mismo que su constitución, en la propiedad territorial; la guerra tenía por objeto acrecer el número de propietarios, únicos que gozaban de consideración en el estado". "Muchos pueblos, prosigue el mismo historiador, "ha habido victoriosos y conquistadores; pero ninguno supo, tanto como el romano, apropiarse la tierra, y regándola con el sudor de su frente después de la victoria, conquistar segunda vez por el arado lo que ganó primero por la espada. Puede la guerra recobrar lo que ha perdido; pero el arado no devuelve el terreno que fecundiza. El labriego romano aferrábase a su campo y a brazo partido lo defendía. El dominio del suelo constituye la fuerza del hom-

---

[1] Conington, notas ad loc.

bre y la del estado. La grandeza romana se asentó, como en basa inconmovible, en el derecho absoluto e inmediato del ciudadano sobre su tierra y en la compacta unidad de la privilegiada clase labradora". En los tiempos mismos de Virgilio, el conquistador romano, como siglos después el español, dejaba en sólidos monumentos testimonio inmortal de su grandeza de espíritu y del carácter irrevocable de la apropiación consumada. En varias provincias del imperio, Augusto distribuyó campos a sus veteranos, quienes de esta suerte, en gran número esparcidos, se trocaban en labradores.

Nótese, además, en confirmación de una de las precedentes observaciones, que en aquel magnífico elogio que en el libro II de las Geórgicas consagra el poeta a Italia, la considera grande y admirable por su fecundidad en todo género de productos, inclusa la raza humana, allí valerosa y emprendedora: "Magna parens frugum, magna virum"; —es decir, como nación a un tiempo agricultora y heroica [1]. Entre los tipos de la vigorosa casta del hombre de Italia, al lado de Camilos y Escipiones, coloca a César Octavio, al cual ensalza porque fomenta la producción agrícola [2] y porque obliga a los bárbaros a respetar las armas romanas en las remotas fronteras del imperio; hace votos porque, muriendo, sea constelación propicia a los labradores, a semejanza de la estrella Julia, como tal saludada desde su aparición por el poeta (Ecl. IX 46 sqq.). Y cuenta, que nunca celebra a Octavio como vencedor en guerra civil; dado que, si canta la victoria accíaca, nadie puede desconocer que la guerra por aquel caudillo sostenida contra Antonio y Cleopatra, fue en realidad, y así la juzgaron los romanos, guerra extranjera. Antonio con sus aliados amenazaba enconado a su propia patria; por lo cual Virgilio cuida de presentar a Octavio con el pueblo y los padres de la patria, con los penates y los grandes dioses nacionales, enfrente a bárbaras huestes y a las monstruosas divinidades de Egipto (A. VIII 679, 698). Dominado del mismo sentimiento pudo Propercio decir del éxito de aquella batalla naval: "Vincit Roma!"

Así la agricultura coronaba la conquista. Mas las guerras civiles amenazaban la prosperidad interior arruinando el cultivo, y minaban en el exterior el poder y prestigio de Roma. Por tanto, si impulsar la cultura devolviéndole su lustre y sus esperanzas, y cebar el ardor bélico de las legiones en guerras extranjeras, corrigiendo los hábitos de ocio y de rapiña alimentados en discordias intestinas, eran dictados de la hábil política de hombres tan entendidos como Mecenas y el propio Octavio, no eran otros tampoco los sentimientos del más puro

---

[1] G. II 173 sq. Cf. A. II 781-782. VI 851-853.

[2] "Auctorem frugum" G. I 27.

patriotismo que animaban a Virgilio. Si desde la Egloga I (71 sqq.) lamentó la contienda doméstica, no deja de volver a detestarla en las Geórgicas (I 489 sqq.), quejándose acá también de la expropiación que sufrieron los mantuanos sus conterráneos (II 198); y alusiones en idéntico sentido asoman hasta el libro postrero de la Eneida [1]. Dolía al orgullo patrio, mal avenido con la libertad omnímoda del comercio internacional, tener que recibir producciones de vendimias y cosechas ultramarinas, cuando no bastaban al consumo los esquilmos de los campos italianos; y así Virgilio, en la partición que hizo naturaleza de sus bienes a las diferentes naciones, supone que otras fueron dotadas con aquellos productos que corresponden a industrias extractivas, mientras Italia fue privilegiada con la fertilidad de su tierra y excelencia de sus frutos [2]. Mas como condición necesaria para beneficiar los dones naturales y dar indefinidas creces a la riqueza nacional, el sabio poeta recomienda a sus paisanos la virtud del trabajo, instituída y honrada por los dioses [3]. Esta virtud, que hace sufrido al labrador, es moralmente la misma con que fuerte bajo el peso de armas y provisiones, coronaba sus rápidas campañas el soldado romano [4]. La filosofía del poeta, poniendo sello de infamia a la ociosidad y la molicie, cifra en la virilidad y constancia de los hombres, dondequiera que estas se manifiesten, la grandeza de la nación [5].

De aquí probablemente que Mr. Merivale, citado por Conington [6], haya caracterizado las Geórgicas como la glorificación del trabajo. Sin que atribuyamos a Virgilio este pensamiento como objeto del poema, no hay duda que en él se trasluce a menudo como fondo filosófico. Virgilio como poeta, no podía prescindir de celebrar la felicidad perfecta del siglo de Saturno, o como si dijésemos en lenguaje

---

[1] Expresiones como aquella "latos vastant cultoribus agros" (A. VIII 8), consuenan con las quejas que al final del libro I de las Geórgicas exhala el poeta contra los soldados devastadores; y el árcade Menetes, que de pacífico pescador, hijo de un pobre colono, de repente se ve envuelto en los horrores de la guerra y muere a manos de Turno (A. XII 517 sqq.), es una figura que. como observa Tissot, no está tomada de Homero, y parece más bien tierno recuerdo de la primera juventud de Virgilio y melancólica alusión a aquellos turbados tiempos. El sentimiento de aquel verso "Fortunate senex, ergo tua rura manebunt", se repite en las Geórgicas, y en una nueva forma se propaga en toda la Eneida; v. G. II 458, nota.

[2] G. I. 56-63; II 116 sqq., 136 sqq.

[3] G. I 121 sqq. 199 sqq. II 433, 538.

[4] G. III 346-348.

[5] Para Virgilio la 'dureza' es condición característica de nuestra raza— "homines, durum genus": dureza propia para el trabajo—"duris agrestibus" (G. I 160, A. VII 504), como también para la guerra— "Scipiadas duros bello" (G. II 170).

[6] History of Roman Empire, vol. IV, cap. último.

cristiano, el paraíso terrenal. Celebró en efecto ese siglo de oro, cantando no tan solo su pasada existencia, sino su próxima renovación [1]. Pero como filósofo contemplaba que en las condiciones actuales de la sociedad, en la vida real, la holganza, en vez de hermanarse con la ventura, conduce al hambre y a la miseria [2]. Por Deucalión y Júpiter, es decir, con la edad de plata, se introdujeron en el mundo condiciones de existencia que a fuer de leyes constantes (*aeterna foedera*), constituyeron un nuevo estado normal de las cosas. El autor de las Geórgicas celebra sucesivamente la edad de oro y la de plata, cada cual en su aspecto bueno, aquella por su quietismo y abundancia, esta por los triunfos y progresos que alcanza la virtud del trabajo (I 121-146). Que no este, sino las enfermedades han debido ser el castigo de la intemperancia [3]. Júpiter llenó de dificultades el camino de la vida, reprimió la prodigalidad de la naturaleza, rodeó de peligros al hombre, y con la necesidad, grande inventora, aguzó el entendimiento de los mortales, a fin de impulsar, no solo la agricultura, sino todo género de descubrimientos útiles, de adelantos peregrinos y colosales empresas:

Tum variae venere artes. Labor omnia vicit
Improbus, et duris urguens in rebus egestas [4].

Aquí asoma el moderno principio económico que hace emanar la riqueza, no de la fertilidad del suelo, sino de la inteligencia y el trabajo del hombre. El poeta saca de ahí motivo para excitar a los labradores a dominar la naturaleza, estimulándoles con la gloria del vencimiento y el precio de la recompensa. El trabajo debe ser perseverante, porque vivir es luchar, y luchar contra una corriente que ha de arrastrarnos si cesamos un punto de mover el remo con varonil empeño [5]: diseño filosófico y poético de una doctrina cuya fórmula teológica ha sostenido en nuestros días con tanta elocuencia Donoso Cortés, afirmando que "el mal triunfa *naturalmente* sobre el bien". Ni se oculta a nuestro poeta la división del trabajo como ley providencial [6]: cada región, cada clima, tiene su destino particular; el suelo de Italia convida a todo género de cultivo. Todo en la naturaleza tiene un fin relacionado con el hombre: no hay planta, por humilde o por estéril que parezca, que no ofrezca alguna especial utilidad [7]. Y cuando

---

1 Ecl. IV.

2 G. I 155-159.

3 Tal es la doctrina que envuelve aquella reflexión meláncolica. G. III, 525-530.

4 G. I 145, 146.

5 I 199-203.

6 I 50 sqq.

7 *"Humilesque* genistae", "Ipsae *steriles silvae"*. II 434-440.

admira los bosques en el aspecto de su espontánea fecundidad, presenta aquellos productos como materias primas que ha de beneficiar el hombre, y en este caso pica su pundonor y le mueve a meritoria emulación, animándole a competir con la naturaleza, o a coronar obras para las cuales ella le brinda recursos, no ya esclava rebelde, sino generosa colaboradora [1].

En cuanto a la forma literaria del poema, Donato refiere que Virgilio apuraba sus versos hasta la perfección [2]. A las Geórgicas cuadra con singular propiedad, dice Heyne, el *molle atque facetum*, distintivo, según Horacio, del estilo de Virgilio. Su elegancia y pureza ha desarmado a los críticos más adustos. Markland, erudito comentador de Estacio, que en su prefacio a las Silvas juzga con tanta severidad la Eneida, descubriendo en ella "pasajes contradictorios, lánguidos, fútiles, faltos de espíritu y majestad épica", concede cuanto puede concederse, a las Geórgicas, y apoya su juicio en el del autor mismo, que condenó al fuego su epopeya, y no este otro poema. El padre Hardouin, en su paradójica demolición de las obras de la antigüedad clásica, respetó las Geórgicas como genuino parto de la elocuencia romana. J. C. Scalígero, al leer al fin del libro III la descripción del buey que arando sucumbe atacado de epizootia, se figura estar leyendo versos de Apolo, caídos del cielo, y pocas líneas adelante (refiriéndose a aquellos que ya arriba citamos a otro propósito, v v. 525—530), exclama en su entusiasmo: "Más querría ser autor de este pasaje que tener un Creso o un Ciro obedientes a mi voz" [3]. Menos hiperbólica en sus frases, no ha sido menos respetuosa la crítica moderna. Tratando de los poemas didascálicos, Hermosilla cita las Geórgicas como "el modelo más acabado y perfecto que en este género ha salido de manos de hombres".

Si en la literatura de nuestro siglo buscamos algo que pueda compararse con él, apenas hallaremos otra producción que por el intento y por el ornato se le aproxime tanto, como la silva de Bello *A la agricultura de la zona tórrida*. Su autor habría sido de todo en todo el 'Marón americano', que debía cantar las mieses, los rebaños y los frutos de estas regiones, por él mismo anunciado en su *Alocución a la poesía,* si en vez de un canto como aquel, parte lírico y parte descriptivo, hubiese compuesto un poema propiamente dicho. Así lo hace notar el célebre escritor argentino don Juan María Gutiérrez. En esa silva el alumno de Virgilio, con aquella dicción selectísima, aquel estilo que sin esfuerzo cautiva y en sosegado vuelo se remonta a las veces

---

[1] Véase nota ad II 433.

[2] V. Vida de Virgilio.

[3] Poet. V 11.

a la región de la epopeya, convida a los americanos a huír de las ciudades populosas, donde se engendra la civil discordia y todos los vicios tienen asiento, a dirigir por sí mismos el cultivo de los campos, su pingüe herencia, en malhora abandonados a la fe mercenaria; y hablando unas veces al corazón, con la voz de la naturaleza y sus encantos inefables, a la razón otras con las ventajas positivas que promete la profesión del labrador, no olvida citar, con el autor de las Geórgicas, el ejemplo de la antigua Roma de los Cincinatos y Fabricios. Para uno y otro poeta el campo es la escuela del buen ciudadano, del repúblico incorruptible, del valeroso defensor de la patria; ambos cifran las glorias nacionales en los grandes caracteres y en las sanas costumbres, que se forman en medio de las labores agrarias.

Por otra parte erudito al par que poeta como su maestro, como él amante de lo antiguo, y curioso investigador de los fenómenos celestes, en la citada *Alocución* ostenta, pasando muestra a las ciudades americanas y cantando de paso a Huitaca y Nenqueteba, cuán bien hubiera tejido en un poema semejante episodios históricos y legendarios; ni dejara de celebrar, a vueltas de los frutos de esta zona amada de Febo, las maravillas de aquel

— vistoso cielo
Que de los astros todos los hermosos
Coros alegran; donde a un tiempo el vasto
Dragón del norte su dorada espira
Devuelve en torno al luminar inmóvil
Que el rumbo al marinero audaz señala,
Y la paloma cándida de Arauco
En las australes ondas moja el ala.

Y ya que no emprendiese un poema original, no se concibe, ni jamás deploraremos bastante, cómo empleó su fácil vena en traducir los largos cantos de una composición descabellada como el *Orlando enamorado,* y no se aplicó a dotar la literatura castellana con la traducción de las Geórgicas, que se le venían a las manos por las afinidades de su musa con la de Virgilio, y a vindicar así ese libro admirable de la profanación de que ha sido objeto, maltratado, y no traducido en la lengua de Cervantes, por las manos rudísimas de un anónimo poetastro [1].

Un mismo pensamiento moral, un mismo objeto patriótico.

---

[1] V. mi opúsculo sobre la traducción que falsamente corre con el nombre de fray Luis de León.

GEORGICAS

LIBRO PRIMERO

Qué da a las mieses su esplendor risueño;
Bajo qué astro feliz la dura tierra
Mover, Mecenas, y enlazar conviene
Las vides a los olmos; qué cuidados
Los bueyes y rebaños hermosean;
Cuál solícita industria, en fin, exige
La abejuela frugal, cantar emprendo.

Vos, del mundo fulgentes luminares,
Que al año volador medís los plazos!
Tú, padre Baco, y tú, fecunda Ceres!
(Pues ya el hombre cambió, dádiva vuestra,
La caonia bellota en pingüe espiga,
Y el jugo que las uvas recataran
A las ondas mezcló del Aqueloo);
Y vos, a la campaña familiares,
Faunos, dríadas ninfas! venid presto,
Todos venid, que vuestros dones canto.
Y tú, Neptuno, a cuya voz la tierra,
La tierra herida de tu gran tridente
El primer pisador brotó gallardo;
Y oh tú que tratas bosques, tú que en Cea
Trescientos, en tu honor, níveos becerros
Miras pacer sus fértiles llanuras;
Y oh Pan Tegeo, guardador de ovejas,
Tú mismo, si en el Ménalo te gozas,
El patrio bosque y selvas de Liceo
Desampara, te ruego, y ven propicio!
Y del olivo, tú, descubridora,

Minerva; y tú, mancebo que inventaste
El combo arado, y tú también, Silvano,
Que arrancado un ciprés fácil meneas:
Cuantos favorecéis la agricultura,
Dioses todos y diosas; los que abrigo
Dais a la planta que nació baldía,
Y los que dispensáis lluvias del cielo
Al sediento sembrado, yo os invoco.

Tú asimismo, a doquier fueres más tarde
Sitio a elegir en celestiales coros:
O ya ciudades proteger te plazga;
O el orbe superior, César, te acoja
Por dador de abundancia y rey del trueno,
Y del materno mirto orne tu frente;
O prefieras reinar dios de los mares,
A quien solo doquiera el nauta implore,
Y homenaje te dé la última Tule,
Y yerno para sí te compre Tetis
Con el caudal inmenso de sus ondas;
O fijado entre Erígone y las Celas
(Do el ardiente Escorpión por recibirte
Sus brazos encogiendo escombra el cielo),
Estrella ilustres los tardíos meses:
Quienquier fueres (que no el averno espera
Gozarte emperador, ni a ti, confío,
Tan triste adquisición vendrá en deseo,
Por más que Grecia los Elíseos campos
Alabe, y, mal atenta Proserpina
Al materno clamor, volver rehuse),
Tú, si conmigo del cultor te apiadas
Que el tino pierde, a mi atrevido ensayo
Ven fácil, ven benigno, y dame aliento;
Cumple tu alta misión, y desde ahora
A humanos votos el oído enseña.

Al apuntar la primavera, cuando
Helados chorros de las canas cumbres

Ruedan, y de los céfiros al soplo
Sazonado el terrón se desmenuza,
Entonces bajo el peso del arado
En los surcos sumido, ya mis yuntas
Comiencen a quejárseme, y en ellos
Gastada empiece a relucir la reja.
Aquel terrazgo que sentido hubiere
Dos veces el calor y dos los fríos,
Cumplirá, en fin, los votos del avaro
Agricultor: a contener sus frutos
No bastarán las atestadas trojes.

Mas antes de asulcar campos ignotos,
Los vientos dominantes y del cielo
El vario influjo investigar importa;
Las usadas maneras de cultivo,
Las condiciones del lugar geniales;
Saber qué frutos brinda y cuáles niega.
En unos sitios prueba el pan, en otros
La vid prospera; aquí nace arbolado,
El pasto natural allá enverdece.
¿No ves cuál nos envía el rico Etmolo
Oloroso zafrán, marfil la India,
Y los blandos sabeos sus aromas,
Y su hierro los cálibes desnudos,
Y el Ponto sus castores saludables,
Y sus yeguas Epiro, que arrebatan
En Élide la palma triunfadora?
Que así a ciertas regiones dar sus bienes
En justa partición plugo a natura,
Y la acordada ley perpetua guarda
Desque Deucalïón, vagando solo,
Tiró guijarros sobre el yermo suelo,
Do los hombres nacieron, raza dura.
Ea, pues: si la tierra fuere rica,
Al principiar el año, con la reja
Bueyes robustos a volverla empiecen,
Tal, que llegando el polvoroso estío,

Los terrones expuestos a su influjo
Con el lleno recueza de sus soles;
Mas si el campo no es fértil, por encima
Dale una reja al asomar de Arturo:
Aquello, a fin de que viciosas hierbas
No la risueña mies brotando ahoguen;
Esto, porque del breve humor que cría
Desamparada la heredad, no avenga
Que a arena estéril reducida quede.

Cuida, tras eso, que si rinde un año
Tu campo, al otro descansar le otorgues,
Y en la huelga vigor la tierra críe.
O allí, mudada la sazón y el tiempo,
El rubio grano sembrarás de donde
Primero hubieres el legumbre, ufano
Con sus locas vainillas, recogido,
Y las tenues semillas de la arveja,
O las frágiles cañas y ruidosa
Pompa de los amargos altramuces.
Ten sabido que el lino y el avena,
Y las adormideras, que destilan
El agua soporosa del Leteo,
Mieses son tales que la tierra agotan.
Ellas, empero, en interpuestos años,
Fáciles te serán, si pingüe abono
Al campo exhausto dieres, y de inmunda
Ceniza cubres las desnudas hazas.
Mudando de simientes, el terreno
Así descansa, sin que en tanto duerma
Exento a la labor, al dueño ingrato.

También a veces incendiar convino
Los estériles campos, y rastrojos
Secos arder con bulliciosas llamas;
Ya porque así la tierra ocultas fuerzas
Recibe, y alimento vigoroso,
O ya porque a poder del fuego, el vicio

Se le cuece, y humor inútil suda;
O ya porque el calor secretas vías
Le abre, y respiraderos por do vaya
A animar nuevas hierbas fácil jugo;
O bien más la endurece, y tal le aprieta
Las grietas bostezantes, que ni tenues
Lluvias, ni recio sol basta a dañarla,
Ni bóreas mugidor envuelto en hielos.
Mucho también el que con rastros rompe
Las estériles glebas, y de mimbres
Zarzas arrastra, beneficia el campo;
A este no sin favor la blonda Ceres
Torna los ojos desde el alto Olimpo:
Lo mismo el que al través, vuelto el arado,
Parte los surcos con que el campo eriza
Que aró primero, y en labor constante
Vuelve el seno a la tierra, y la avasalla.

Vos lluviosos veranos y suaves
Hibiernos implorad, agricultores;
Grato a los campos y a las mieses grato
Es el polvo hibernal. No a otro cultivo,
De su fertilidad Misia es deudora,
Que de rica presume; y si en asombro
Trueca el Gárgaro mismo su ufanía,
No otra causa hallarás a creces tantas.
¿Qué diré en prez del que, esparcido el grano,
Hace rostro a la tierra, y rueda al punto
Mezquinas torres de ambiciosa arena;
Y luego a los sembrados encamina
Corrientes aguas que su intento siguen
En larga vena; y si abrasado el suelo,
Mustias las hierbas ya, penar le mira,
He aquí de una empinada cuesta el agua
Suelta? Ella cae, entre desnudas piedras
Forma estrépito ronco, y con sus tumbos
Templa el ardor de los sedientos campos.
¿Y qué diré del que en la tierna hierba,

Paciéndolos, rebaja del sembrado
Los viciosos aumentos, cuando al surco
El lomo iguala; y a la caña evita
Que de espigas cargada desfallezca?
¿Y qué del que humedad que lagos forma,
Con absorbente arena extraer cuida,
Cuanto más si en mudable estación crecen
Los ríos, y sus aguas derramando,
Con el légamo hostil todo lo invaden,
Causa de cavidades cenagosas
Que tépidos vapores siempre exhalan?

Mas aunque hombres y bueyes a porfía
Con tan asiduo afán la tierra labren,
Ni el ánade malvado, ni importuna
Con sus amargas fibras la achicoria,
Hará, y las grullas que a Estrimón frecuentan,
Estrago menos fiero; ni las sombras
Cesarán de dañar. El mismo Jove,
Divino institutor de la cultura,
De abrojos erizar quiso el camino;
El fundó el arte de mover la tierra,
Con la necesidad estimulando
Humanos pechos, y vedó por siempre
Que en letárgica paz yazgan sus reinos.

Antes de Jove manos no se hallaron
Que tratasen los campos; aun entonces
Partirlos ni acotarlos fue costumbre;
Que era todo de todos, y la tierra
El fruto anticipaba a los deseos.
Jove a las negras sierpes su nociva
Ponzoña dio; por él a ser rapaces
Los lobos se enseñaron; manda al ponto
Revolverse y bramar; las ricas mieles
Agosta que las hojas goteaban;
Esconde el germen de la luz, y extingue
El vino natural que antes huía

Como agora las aguas, en arroyos;
Porque, recursos meditando, el hombre
Paso tras paso a la invención se alzase
De las útiles artes, a los surcos
Pidiendo espigas, y en secretas venas
Del pedernal herido hallando el fuego.
Entonces sobre sí, no antes usados,
Huecos troncos nadar sienten los ríos:
Sigue el nauta en su anhelo
Las estrellas del cielo,
Y de él Pléyades, Híadas, la clara
Artos de Licaón, nombre reciben.
Coger con lazos y engañar con liga
Las libres alimañas,
Ideose también; también con perros
Rodeó el cazador los grandes bosques.
Y ya con redes uno ancha corriente
Por ella entrando, hiere; aquel tremola
Por el piélago azul húmedos linos.
Apreciose el rigor de los metales;
Y, hoja estridente, apareció la sierra;
(Que en la edad primitiva, para hendirle,
Solo fuerza de cuñas se hizo al roble).
Tal las artes en fin se coronaron;
Que al hombre urgiendo, la escasez le educa,
Y el trabajo tenaz todo lo allana.

Ceres, sabia maestra, a los mortales
El seno de la tierra a abrir indujo
Cuando faltaron en las sacras selvas
Bellotas y madroños, y Dodona
El sustento habitual negó cansada.
Creció en esmeros el cultivo, en cuanto
Funesta a las espigas la impia nubla,
Y hórrido a los sembrados sobrevino
El torpe cardo. Y ya la mies fallece,
Que la áspera maleza en torno crece,
Y el abrojo la invade y el espino;

Oprimen ya el espléndido sembrado
Triste cizaña, estériles avenas.
Tú, pues, como afanado
Las gramas no persigas
Con incansable rastro; si no alejas
Con ruïdos las aves enemigas;
Si, hiriendo ociosas ramas,
El asombrado campo no despejas,
Ni con voto eficaz la pluvia llamas,
Triste! con sesgos ojos de vecina
Heredad mirarás la parva enhiesta,
Y tu hambre en la floresta
Aliviará la sacudida encina.

Del rústico fornido
Diré las armas propias, sin las cuales
Ni la mies se sembrara ni creciera.
La reja, la primera,
Y el recio, corvo arado:
De la madre Eleusina
También el carro, en el rodar pesado:
Trillos, carretas, rastros desiguales:
El humilde utensilio de Celeo,
Todo de mimbres: zarzos de madroño:
La zaranda de Baco peregrina:
Esto cuida tener aderezado,
Si de veras del campo afortunado
Quieres la gloria merecer divina.
Ve, pues, ve presto al monte; allí derriba
Con esforzado aliento un ramo enorme;
Corva figura el olmo haz que reciba,
Cama al arado a su pesar le forme.
Mida, de ahí naciendo,
Ocho pies el timón; aleta doble
Y sólido dental empalma luego:
Ya antes el tilo leve
Habrás cortado para yugo: el haya
La esteva te dará, con que el labriego,

Siguiendo al buey, el instrumento mueve;
Y, al hogar suspendidas las maderas,
El humo lento su excelencia pruebe.

¡Cuántos usos rurales
Que fe lograron desde antiguos días,
Puedo enseñarte, si atención dispensas,
Y de nimios consejos no te hastías!
Con ingente cilindro la era iguala
Ante todo; revuélvala tu mano,
Y con greda tenaz la torne fuerte;
Tal, que ni en sí fomente hierba mala,
Ni del polvo vencida se abra inerte;
Y enemigos arteros
Burlados queden; que el ratón enano
Casa y troj subterránea hacer estila;
Y el ciego topo en nido hondo se asila;
Y hállanse en agujeros
El vil escuerzo, y cuanto bicho existe
En el seno fecundo de la tierra:
Grandes montones talador devora
El gorgojo; y la hormiga, a quien la triste
Vejez asusta, próvida atesora.

Mira también en la floresta opaca
Cuando vestido en flores, opulento
Dobla el almendro los fragantes ramos:
De sus frutos a par irán las mieses;
Que si ellos lo vicioso sobrepujan,
Trilla grande en los máximos calores
Tendrás; mas si el follaje con su pompa
Oprimiere los árboles, en vano
En la era luego trillarás espigas
En que abunda la paja y falta el grano.

Yo he visto cierto a muchos labradores
Medicinar primero la semilla,
Y con nitro bañarla y negra amurca,
Porque granos mayores

La planta cuaje en la falaz vainilla,
Y, aun con débil calor, sazón alcance.
Mas simientes compuestas de esa suerte
Y a cumplir esperanzas obligadas,
Las vi degenerar, si humana industria
No hizo nuevo escrutinio cada un año
Con mano asidua. Universal destino!
Todo a menos camina, o retrocede:
Al que su lancha, así, corriente arriba
Lleva a impulso de remos, si concede
Al afanado brazo algún reposo,
La fuerza de las aguas le derriba,
Y le arrebata remolino undoso.

Allende de esto, por tu bien, de Arturo
Consultarás las luces, y los días
De las Cabrillas, y el Dragón fulgente;
Que provechosos guías
Son al agricultor, cuanto al viajero
Que osa, en pos de la patria, maldecidos
Del ostrífero Abidos
Los senos arrostrar, y el Ponto fiero.
Cuando a sueño y vigilia la Balanza
En igual división mide las horas,
Y da que sobre el orbe noche y día
Justos compensen su dominio alterno,
Vos los toros uncid, y las cebadas
Id esparciendo, oh gentes labradoras,
Hasta las lluvias últimas de hibierno.
Tiempo es también de que cubráis entonces
El lino y la cereal adormidera,
Ni los brazos perdonen los arados
Mientras enjuto el suelo los tolera
Y aun penden por el aire los nublados.
Cumple el haba sembrar en primavera;
Y torne el mijo con su anual cuidado,
Y el surco sazonado
Te acoja, alfalfa, a ti, de larga vida,

Cuando abra el año el albicante Toro
Con sus cuernos de oro,
Y, dando el puesto al astro retrogrado,
El Can en occidente se despida.

Mas si el campo que aras
A que en trigos te rinda su tributo
Y en valientes escandas le preparas,
Y de espigas tan solo pides fruto;
Mientras su faz las Pléyades de oriente
No oculten, y de Ariadna la Corona
No hubieres visto que su ardor desmaya,
No vueles a la tierra renuente
La esperanza a fiar que envuelve el año:
Retenle al surco el grano que le adeudas;
Muchos, anticipándose de Maya
A la declinación, sembrar pudieron;
Pero todos la mies del desengaño
En avenas inútiles cogieron.
Que si la arveja y el plebeyo fríjol
Presumes educar, y no desdeñas
De la egipcia lenteja la cultura,
Advierte que Bootes a tu anhelo
Señal no oscura al inclinarse envía;
Comienza entonces, y en sembrar porfía
Hasta mediada la estación del hielo.

He aquí el dorado sol, los doce signos
Tratando de la esfera, el orbe rige
En partes ciertas dividido. El cielo
Cinco zonas ocupan: de ellas una
En la lumbre solar siempre encendida,
Con el fuego solar siempre tostada:
En torno suyo a diestra y a siniestra
Comprimidas las últimas se extienden
Con tristes lluvias y cerúleos hielos:
Otras dos entre aquellas y estas caen
(Por merced especial que hacer quisieron

Los dioses a los míseros humanos);
Y entre ambas el camino va por donde
Oblicuo el orden de los astros gira.
El mundo, cuanto yerto se levanta
Hacia la Escitia y los Rifeos montes,
Por los líbicos páramos australes
Tanto desciende. De los polos uno
Sobre nosotros siempre se descubre;
El negro Estigio y los profundos manes
Debajo de sus pies miran el otro.
Con giros sinuosos como un río
El enorme Dragón acá se espacia
Y por medio y por cima de las Osas:
(Las Osas, que a mojarse no se atreven
En el húmedo seno de oceano).
Y allá, fama es común, o por ventura
Reina noche eternal y alto silencio,
Y más y más las sombras se condensan;
O tal vez, de nosotros trasponiendo,
La aurora a esas regiones lleva el día,
Y cuando con sus soplos matinales
Los caballos de oriente nos saludan,
Allá entretanto reluciente y bello
Héspero enciende su fanal tardío.
Nace de aquí que, ambiguo el cielo estando,
Las tempestades predecirse puedan,
Y de la siega adivinar el día,
Y el tiempo de la siembra, y cuándo cumple
Con remos azotar el ponto aleve,
Cuándo a punto el bajel sacar del puerto,
O en la selva en sazón herir el pino.

Ni es ociosa labor que de los astros
El ocaso estudiemos y el levante,
Y en cuatro diferentes estaciones
Partido el año en sucesión constante.
¿Encierra al labrador la lluvia fría?
Cosas puede esmerar que festinara

En horas libres de sereno día:
El duro diente a la mellada reja
El arador afila,
O el tronco ahonda destinado a barca,
O el ganadillo marca,
O números imprime a sus montones:
Otro estacas y horcones
Aguza, o adereza por ventura
A la flexible vid firme atadura.
Y es propicia ocasión de que tu mano
Labre de dócil mimbre fácil cesta;
Tú mismo al fuego tuesta
O en la piedra a su vez quebranta el grano.
Allende de esto en los festivos días
Con las leyes divinas las humanas
Ejercicios permiten inocentes;
Que jamás religión vedó al labriego
Ni reparar las cercas del plantío,
Ni a las campiñas devolver el riego;
Al ave armar engaño
Tampoco impide, o en salubre río
Sumir tal vez el balador rebaño;
Y va en paz de los dioses el colono
Que al asnillo espacioso a quien arrea,
Aceite carga o pobres frutas lía,
Y del pueblo tornando a la alquería
Trae algún asperón o parda brea.

La luna misma en señalar no yerra
Faustos a empresas varias varios días.
Teme el quinto; nació pálido el Orco
En él y las Euménides bravías;
En él dio en parto infando a luz la tierra
A Japeto y a Ceo
Y al hórrido Tifeo;
Y en él alzarse a los hermanos miro
Que el cielo a desgarrar se conjuraron:
Tres veces con esfuerzo grande, el Osa

Asentar sobre el Pelion intentaron;
Sí? y el frondoso Olimpo sobre el Osa;
Y tres veces el padre omnipotente
Con rayo ejecutivo
Desbarató los hacinados montes.
Septeno día al décimo siguiente,
A que vid plantes, o telar aprontes,
O enyugues hosco buey, sazón es buena.
Propicia al fugitivo,
Es contraria al ladrón la luz novena.

Hay atenciones que en la noche fría
Mejor que en tiempo alguno hallan camino,
O bien cuando rocía
Los campos el lucero matutino.
Leves rastrojos y resecos prados
Vé por las noches a segar, que nunca
Faltó a las noches humedad propicia.
Tal hay que las veladas hibernales
Al claror de sus fuegos beneficia,
Labrando el cabo de espigada tea
Con hierro agudo; y, con suave canto
Solazando el fastidio a la tarea,
La mujer entretanto
Sonoro el peine por la tela corre,
O a fuego lento el mosto dulce cuece,
Y con hojas tal vez el caldo espuma
De la olla que hirviendo se estremece.

En lo recio del sol la mies se corta,
La rubia mies, y tríllase en la era
En lo recio del sol el seco grano.
Ara desnudo tú, siembra desnudo,
Que mal hacello pudo
Flojo el cultor en el hibierno cano;
Antes gozan, del frío en los rigores,
El allegado bien los labradores,
Y con mutuos festines se regalan

Cuando al placer invita
La estación genïal que penas quita:
Tal, cuando avistan puerto y velas calan
Cargadas naves tras embates fieros,
Con guirnaldas las popas engreídas
Coronan los alegres marineros.
Empero, las bellotas encinales
Tiempo es entonces que cogiendo vayas,
Y del laurel las bayas,
Frutos de oliva y de sangriento mirto.
Lazo pon a la grulla, red al ciervo,
O a la orejuda liebre
Acosa entonces; o, siguiendo al corzo,
Regida de tu mano el honda gima,
Mientras en hielos se entretiene el río
Y blanquea la nieve en la alta cima.

¿Del otoño diré los temporales
Y sus astros? ¿Diré lo que al colono
Hace avisado cuando a ser principian
Breves los días y el calor menguante?
¿O qué cuando lluviosa primavera
Pasa, y barbada mies el campo eriza?
¿O cuando en leche ya los frumenticios
Hinchen las verdes cañas? ¡Cuántas veces
Cuando a sus rojas hazas el colono
Llevaba al segador, y las cebadas
Con sus frágiles vástagos cogía,
Vi furiosos bajar todos los vientos,
Y las cargadas mieses descuajando
Alzarlas por el aire y esparcirlas
Con ímpetu veloz; y así llevarse
En negro torbellino la borrasca
Leves cañas y pajas voladoras!
¡Cuántas veces avino
Caer gran golpe de aguas de lo alto,
Y las nubes de todo el horizonte
Con turbiones venir engrandeciendo

La oscura tempestad! La etérea cumbre
Parece desatada desplomarse
En líquida sonante pesadumbre:
Las zanjas hinche el agua;
Los nítidos sembrados,
Fábrica de paciencia, desparecen;
Los huecos ríos con estruendo crecen,
Y hierve el mar en sus profundos vados.
El padre de los dioses
Dardos fulmina entre las densas sombras
Meneando la diestra coruscante:
Los valles se estremecen,
Las fieras se guarecen,
Derramado pavor las gentes postra;
Y él su cólera ardiente aun no desbrava,
Y en el Atos, o el Ródope, o los yertos
Ceraunios montes sus centellas clava.
Crecen los austros y el llover espeso,
Y zumban de los vientos bajo el peso
Las selvas removidas,
Y plañen las riberas combatidas.

El daño temes? En el cielo estudia
Las sazones del tiempo y sus señales:
Ten cuenta a dó se esconde
Frígido el astro de Saturno, y mira
A las celestes órbitas por donde
Fúlgido el astro de Cilene gira.

Y ante todo a los númenes venera:
En los herbosos prados
El añal sacrificio a la alma Ceres
Renueva siempre, cuando hibierno expira
Y primavera entre celajes ríe.
Pingües están entonces los corderos,
Y los vinos suavísimos; entonces
Dulces los sueños son, densas las sombras
En los selvosos montes. Anda, y toda

La agreste juventud vaya contigo,
Y a la alma Ceres reverente adore:
Tú de miel sazonada y dulce néctar
Ofrece libaciones; y tres veces
Circule en torno de los nuevos trigos
La propiciante víctima, y en coro
Los rústicos gozosos la acompañen,
Y a Ceres clamen que a sus techos venga.
Y nadie las maduras
Espigas con la hoz toque imprudente
Si primero en honor de la gran diosa,
Retorciendo a la sien rama de encina,
No ensayó danzas y entonó canciones.

Y a fin que por señales no dudosas
Los calores, las lluvias, y los vientos
Que fríos acarrean
Simple labriego adivinar pudiese,
El padre mismo de los dioses quiso
Establecer lo que la luna enseña
Mudando sus semblantes; en qué punto
Aquiétanse los austros
Y qué es lo que, sentido, a los pastores
Cerca de los establos aconseja
El ganadillo retener medrosos.
Alzándose los vientos, desde luego
Las agitadas ondas
A hincharse empiezan, y árido crujido
Oír se deja por los montes altos,
O ya a lo lejos las extensas playas
Retumban, y el rumor crece en los bosques.
Mal al combo bajel la onda respeta
Cuando de en medio el mar ves que los mergos
A la costa dirigen
Con el rápido vuelo los clamores,
O si en la orilla enjuta
Las marinas gaviotas se solazan,
Y la usada laguna abandonando

Sube la garza y por las nubes vuela.
Verás también, cuando amenazan vientos,
Rápidas en la noche deslizarse
Fugitivas estrellas,
En pos dejando luminosas huellas
Del cielo en las opacas soledades;
Y verás por los suelos
Leves pajas girar y hojas caídas,
Y a flor de agua bullir nadantes plumas.

Mas si acaso en relámpagos la parte
Del aterido bóreas arde, y truenan
Del céfiro y el euro las regiones,
El agua cauces colma y campos cubre,
Y cogen en el mar todos los nautas
La húmeda vela. De sorpresa nunca
La lluvia sobreviene; que o se alzaron
Del fondo de los valles
Huyendo de ella las aéreas grullas,
O ya al cielo mirando la becerra
Con abierta nariz sorbió los vientos,
O a vuelo la piante golondrina
Triscó en torno del lago, o en el limo
A su antiguo llorar volvió la rana.
Más a menudo aún, nunciando lluvia,
Sus huevos de sotierra
En cobro pone la viajera hormiga,
Trillando angosta senda; y aguas bebe
El arco que domina el firmamento,
Y volviendo del pasto,
En ejército inmenso las cornejas
El aire oprimen con crujientes alas.
Y las aves acuáticas que pueblan
En mil especies las salobres ondas,
Y las que a salto y vuelo
Las dulces aguas del Caístro pican
En los asianos paludosos prados,
Nuevas señas te dan cuando a porfía

Cubren sus hombros de deshechas perlas,
Hienden, zabullen, giran y se lavan
Sin saciarse jamás. Huraño el grajo
Se espacia a solas en la seca arena,
Y ahuecando la voz, la lluvia llama.
Aun las zagalas el llover predicen
De noche en el hogar, cuando a porfía
Hilando repartida la tarea,
Ven que el aceite en el candil chispea
Y sucios hongos que la mecha cría.

Ni te faltan pronósticos por donde,
Enjugándose el agua, vaticines
Soles serenos y apacibles días;
Que entonces ni sus fuegos las estrellas
Marchitos paran, ni humillada a Febo
La luna encoge sus tendidos rayos,
Ni de lana cardados vellocinos
Se llevan por los aires; ni en la orilla
Los amados de Tetis alcedones
Anchas al tibio sol tienden las alas;
Ni a sacudir y destrozar manojos
Locos embisten los inmundos cerdos:
Entonces a los valles
Bajan las nieblas, y los valles cubren;
Y a la puesta del sol atento el buho
En elevada cumbre,
Ejerce en balde su agorero canto.
En la altura mayor del limpio cielo
Niso aparece remontado, y Scila
Tímida huye, y por el rizo pena,
El blondo rizo que segó su mano:
El, doquiera que Scila
Corta el aire sutil y huye volando,
Con estridentes alas por el viento
Persíguela feroz; ella, doquiera
Que Niso por el cielo se levanta,
Corta el aire sutil y huye volando.

Con apretadas fauces
Tres, cuatro veces dan voces más puras,
Que vibran a distancia, las cornejas:
En sus altas mansiones
Tal vez de un nuevo gozo se estremecen,
Y forman de tropel en la hojarasca
Misteriosos ruidos,
Ledas volviendo a ver tras la borrasca
La tierna prole y los amables nidos.
Y no que yo partícipes las crea
De superiores celestiales luces
Por merced de los dioses y los hados;
Mas sucede que así como se alejan
Del cielo los vapores fluctuantes
Y huyó la tempestad; a par que Jove,
La humedad de los austros recogiendo,
Lo flojo aprieta y lo concreto extiende,
Múdanse en los vivientes de igual modo
Las mentales imágenes, y pasa
El alma de uno en otro sentimiento,
No ya cuales solía
Cuando las nubes arrollaba el viento:
Nace de aquí, por montes y por prados,
Del coro de las aves el ruido,
Y el visible placer de los ganados,
Y de los cuervos el triunfal graznido.

Que si al sol raudo y a la móvil luna
En sus varios semblantes atendieres,
A fe que ni otro día
Faltará a tus avisos, ni en el lazo
Caerás que tienden las serenas noches.
Luna que, apenas cobra
Los fuegos renacientes, triste abraza
Con negros cuernos tenebroso espacio,
Lluvia a colonos y a marinos trae:
Luna teñida en virginal vergüenza
Vientos dice; que siempre con los vientos

Enrojeció su rostro la áurea Febe:
Y si ella al cuarto día
(Presagio es infalible) pura avanza,
No embotadas las puntas, por el cielo,
Todo ese día y los que de él nacieren
No habrá, hasta el fin del mes, lluvias ni vientos,
Y a Glauco, a Melicertes el de Ino,
Y a Panopea, en las amigas playas
Salvo sus votos cumplirá el marino.

Naciente el sol y cuando al mar se inclina
También señales da: veraces ellas
Con la luz le acompañan matutina,
Le siguen con la luz de las estrellas.
Sol que de sombras matizó su oriente,
Que en nubes se reboza,
Y hurta y deprime de su disco el centro,
Lluvias indica; de hacia el mar entonces
A plantas y a cosechas y a ganados
Funesto el noto ya marchando viene.
Si despuntando el luminar del día
Quiebra y esparce de su ardor los rayos
Entre allegados nublos, o si el lecho
Arrebolado de Titón dejando,
Con amarilla faz se alza la aurora,
Ay! mal podrán los pámpanos las uvas,
Las tiernas uvas defender; copioso
Estallará en los techos el granizo.
Cuando, medido el cielo, el sol declina,
Con atención mayor, mayor provecho,
Contemplarle podrás; su faz entonces
Tintes diversos inmutarle suelen:
Lluvias promete la color cerúlea,
Y semblanzas de fuego euros presagian;
Que si la rutilante llama vician
Azules manchas, a agitarlo todo
Concertarse verás vientos y nimbos:
No en noches tales amenaza o ruego

Mi barca apartará de la ribera.
Mas si a traer y a sepultar el día
El sol tornare con luciente disco,
Vanos temores causarán las nubes;
Amenazas barriendo
Sesgo aquilón agitará las selvas.

Qué traiga en fin el véspero tardío,
Cuándo y de dónde las que arrastra el viento
Nubes, malignas no serán, qué anuncia
Húmido el austro, conocer deseas?
Respuestas pide al sol, que el sol no engaña;
Y aun traiciones y gritas populares
A menudo ha anunciado, y el solemne
Momento de estallar las grandes guerras.

Muerto César, tú, oh sol, compadecido
De Roma, la cabeza esplendorosa
Mortecina mostraste, a las malvadas
Gentes con noche amenazando eterna.
Bien que entonces las tierras y los mares,
Ladrantes perros y aves importunas,
Señales ominosas ofrecieron.
Vimos al Etna abrir sus hondas fraguas
Una vez y otra vez, y las campiñas
De los ciclopes devastar, volcando
Globos de fuego y derretidas piedras.
Oyó el germano por el aire todo
Estruendo de armas: despertando el Alpe,
Se estremeció bajo su eterna nieve.
Triste lamento en los callados bosques
Vago sonaba al expirar el día,
Y pálidos espectros fueron vistos.
Lágrimas vivas el marfil y el bronce
Empapan en los templos: se detiene
El torrente, la tierra se entreabre,
¡Y hablan los brutos! De repente airado,
Rey de ríos Erídano soberbio

Remolina sus ondas, y las selvas
Oprime con enorme pesadumbre,
Y establos y ganados ciego arrastra.
Males en tanto de anunciar no cesan
Palpitando las víctimas, y sangre
Corre en las fuentes públicas, y aullando
Lobos nocturnos las ciudades cruzan.
Nunca, sereno el aire, tan frecuentes
Rayos cayeron; nunca tan infausta
Estrella ardió con extendidas crines.

Así los campos de Filipos vieron
Por vez segunda con iguales armas
Entre sí combatir nuestras legiones:
Impasibles los númenes dejaron
Por vez segunda que la sangre nuestra
Los campos macedonios fecundase.
Día vendrá cuando en aquellos sitios
Con corvo arado el labrador moviendo
El césped, picas soterradas halle
Roídas del orín, o ya con rastro
Pesado hará sonar cóncavos yelmos:
Cavando, en olvidadas sepulturas
Dará, y abiertas, con espanto mudo
Huesos enormes mirará en el fondo.

Padre inmortal de la romana gente!
Tú, madre Vesta, del etrusco Tibre
Y Palatino monte protectora!
¡Oh dioses todos de la patria mía!
Si un joven héroe al vacilante mundo
Ahora sustenta en sus robustos hombros,
No, al menos, lo estorbéis. Asaz con sangre
Nuestra, infeliz generación, la culpa
De Laomedonte pérfido expïamos.
Tiempo hace ya que nos envidia el cielo
Tu posesión, oh César; ni le agrada
Que a humanos triunfos la atención conviertas.

Pues he aquí confundidas las nociones
Están del vicio y la virtud; con fases
Varias doquier la iniquidad domina:
Yace el arado sin honor; de luto
Se muestran las campiñas (los colonos
Arrebatados por la guerra), y visten
Adusto abrojo, y convertida luce
La corva hoz en fratricida espada.
Acá el Rin, allá Eufrates con profundo
Rumor de guerra amagan: las ciudades,
Rotos los pactos, entre sí se hieren;
Campo parece de batalla el mundo.
Así en el circo rápidas cuadrigas
Parten a un tiempo: el conductor en balde
Parar de pronto intentará su carro,
Que a la voz sordo, indócil a la rienda,
Cual relámpago vuela impetüoso.

LIBRO SEGUNDO

Hasta aquí de los campos la cultura
He cantado, y del cielo las estrellas.
Ahora a ti cantaré, Baco, y contigo
Los silvestres arbustos, y la prole
De la tarda en crecer, plácida oliva.
Ven, oh padre Leneo! De tus dones
Todo aquí lleno está, todo te ríe:
Cargado con las dádivas de otoño
Aquí el campo florece, y la vendimia
Hierve, y sobre los bordes se derrama.
Ven, oh padre Leneo, y olvidando
El severo coturno, ven conmigo
En mosto nuevo a hundir los pies desnudos.

En modos diferentes, lo primero,
Por virtud natural las plantas brotan.
No de humanas industrias obligadas,
Mas por sí vienen unas, y a lo largo
Campos invaden y errabundos ríos:
Así el ligero mimbre, y las flexibles
Retamas; así el álamo, y el sauce
De verdicanas hojas coronado.
De yacentes semillas nacen otras:
Los castaños erguidos,
Y el ésculo, gigante de los bosques,
A Jove dedicado, y las encinas,
Cual oráculos ya de Grecia honradas.
Otras por la raíz se multiplican
En densa muchedumbre de renuevos:
Olmos, cerezos, y el laurel de Apolo,
Que tierno se alza a la materna sombra
Del tronco protector. Sabia natura
Desde era inmemorial por modos tales

Al nacer de los árboles preside,
Cuantos la tierra pueblan,
Agrestes selvas y sagrados bosques.

Allende de esto hay árboles que trajo
Oficiosa experiencia a su servicio.
Uno en surcos renuevos deposita
Que a la cepa matriz su mano saca;
Otro ramas entierra,
Ya trozo herido en cruz, ya aguda estaca.
Tal árbol hay montés, que si rastreros
Los vástagos le encorvas, toma creces,
Y gozoso propaga
Hijuelos vivos en su propia tierra.
No piden otros árboles raíces,
Y viose al podador sembrar mil veces
Puntas de ramas, y brotar felices;
Y mil veces también (aunque imposible
Referido parezca) por pedazos
Plantose un tronco, y germinar fue vista
La olivosa raíz del seco leño.
Y de un árbol los ramos,
El orden natural violando impunes,
En los de otro mudarse contemplamos:
Trocadas peras el manzano injerto
Por suyas muestra, y al cornejo duro
Ves de ciruelas rojear cubierto.

Ea, pues, labradores! de esta suerte
Asperos frutos suavizar es dado:
No las tierras dejéis en ocio inerte,
Estudiad de las plantas los cultivos:
Viñas cubran el Ísmaro sagrado,
El gran Taburno revestid de olivos.

Mas ya en piélago abierto suelta el ala,
Y en la empresa que arrostro a darme aliento
Acude ¡oh tú, de mi pobreza gala,
Y por título justo, gran Mecenas,

Parte preciosa de la fama mía!
No el emprendido asunto
En pobres versos apurar intento;
No si cien voces yo, si lenguas ciento
Tuviese, y férrea voz, lo intentaría.
Ven, y rayendo la vecina playa,
Tierra a tierra boguemos. Y no temas
Que yo cantando a entretenerte vaya
En largo exordio y fabulosos temas.

Arboles que en los montes
A gozar de la luz y de la vida,
Por sí mismos del suelo se levantan,
Frutos no ofrecen; mas en cambio bellos
Y valientes se ostentan, que natura
Vivificó sus gérmenes. Y aun ellos,
Si con otros se injertan por ventura
O en bien mullidas hoyas se trasplantan,
Depondrán sus selváticas maneras,
Y a fuerza de cultura y de cuidados,
Irán con giro dócil a los grados
De perfección a que llevarlos quieras.
Los que estériles yacen
En extremas raíces sustentados,
También prosperarán si se traspasan
A escampado plantel; que en mustia alfombra
Las hojas altas y maternos ramos
Con humillante sombra
El fruto impiden, o al brotar le abrasan.
Suben con melancólica tardanza
Los árboles que nacen de simientes;
Al sembrador conceden la esperanza,
La sombra a sus remotos descendientes.
¡Cuántas veces en ellos
Olvidando la fruta los süaves
Antiguos jugos, decaer la vimos!
¡Cuántas veces la vid se dio a las aves
Villana presa en míseros racimos!

Así todos los árboles requieren
Labor constante, educadora mano
Que haga mercedes y tributos cobre.
Mas de rama mejor prende la oliva,
Y de mugrón las vides
Mejor se extienden, y de estaca dura
Se alza el mirto gentil que en Pafos priva.
Plántanse de postura
El robusto avellano, el fresno ingente,
El tronco umbroso que corona a Alcides,
Y del dios de Caonia las encinas,
Y el ardua palma, y el abeto osado
Que baja a ver el ponto y sus ruïnas.
Tal vez injerto el áspero madroño
Se viste de nogal; ni es caso extraño
Que manzanas el plátano infecundo
Hermosísimas rinda, o del castaño
Ornato para sí las hayas tomen;
Tanto el arte alcanzó! Silvestre fresno
Del peral con las flores encanece,
Y los cerdos tal vez bellotas comen
Que sacudido el olmo les ofrece.

Ni ya injerir e inocular son uno;
Pues o bien, donde en medio a la corteza,
La delgada película impeliendo
Brotan las yemas, en el nudo mismo
Harás breve incisión, y allí la yema
Asentarás de otro árbol, con tal arte
Que al jugoso patrón prospere unida;
O troncos lisos cortarás, y grieta
Honda con cuñas en el leño abriendo,
Fértil púa hincarás. No habrá pasado
Largo tiempo, y al cielo árbol ingente
Ya con ramos espléndidos se eleva,
De sus recientes frondas admirado
Y de los frutos que prestados lleva.

Natura misma varïar de arreo
Concede a cada tipo: el olmo fuerte,
Y sauce, y loto, y el ciprés ideo,
No son todos doquiera de igual suerte.
También semblantes muda el pingüe olivo;
Que este verás redondo, aquel picudo;
Otro la amarga pausia rinde esquivo.
Libertad no menor en los manzanos
Hay, y en cuantos frutales
Cultivó en sus jardines Alcinoo:
Cuál árbol sirias peras, o crustumias,
Cuál las volemias brinda, al puño iguales.
Ni es una la vendimia
Que aquí de nuestros árboles pendiente
Orgulloso contemplo, y la que coge
De la metimnia vid la lesbia gente.
Mira: pámpanos tasios en ligera
Tierra se nutren, y en asiento fuerte
La alba vid mareótica prospera:
Y la uva psitia sazonado vino
Cela, herida del sol; mientras la breve
Leporaria destila el jugo fino
Que enreda lengua y pies a quien lo bebe.
Tampoco a las purpúreas la voz mía,
Ni a vosotras, tempranas, callar debe.
¿Mas con qué dignos versos osaría
Tu excelencia decir, rética uva?
No tanta que a igualarse tu ambrosía
Con las riquezas de falerno suba.
¿Y qué la amínea casta,
La de vinos que nunca desmerecen,
A quien el rico Tmolo y el Faneo,
Rey de viñedos, homenaje ofrecen?
¿Qué la Argitis menor, con quien ninguna
En fluyente abundancia y larga vida
Osara competir? Prestar te veo,
Rodia, a los dioses libaciones gratas

En medio del festín; y tú, vacuna,
En hinchados racimos te dilatas.
Mas de vides y vinos
¿Quién dirá las especies, quién los nombres?
Cuento no tienen, ni apreciarlo importa;
Que si inquirirlo esperas,
Las arenas también sabrás que a solas
El céfiro remueve entre bajíos
En el líbico mar; sabrás las olas
Que mueren en las jónicas riberas
Cuando el euro sacude los navíos.

Mas no en todos los climas
Hacen todos los árboles morada:
Trata el sauce los ríos,
Ceñir densa laguna al olmo agrada,
Arraiga el fresno en escabrosas cimas,
El tejo el bóreas ama, ama los fríos,
Gozosos mirtos en las playas crecen,
Y tus racimos, Baco,
Despejadas colinas apetecen.
Mira el orbe en sus últimas regiones
Avasallado a la cultura; mira
Ya el árabe y sus tiendas orientales,
Ya el pintado gelono. Cada planta
En su alindado reino se levanta.
Sola el ébano negro la India envía;
De la gente sabea
La vara es propia que el incienso cría.
Ni olvidará mi canto
El bálsamo divino que gotea
De los fragantes leños; ni las gomas
Del florecido, vividor acanto.
¿O los bosques diré del etïope
Con suavísimas lanas blanquecinos,
Y cómo a sus florestas
Peinan los seres los vellones finos?
¿Diré las selvas que en su fértil seno

Con quien límites parte el oceano,
Final región del mundo, India sustenta?
No hay recuerdo de flecha voladora
Que el tope de sus árboles sublime
Venciese disparada;
(Ni secretos del arco el indo ignora).
La de largo sabor e ingratos zumos
Vivificante cidra, el medo exprime:
Antídoto entre todos soberano,
Ella acude y redime
Humanas vidas al letal veneno,
Si con hierbas y mágicas palabras
La copa emponzoñó madrastra impía.
Es el procero cidro en su figura
Semejante al laurel; si no esparciera
Su privativo olor, laurel sería:
No lo desnuda el viento;
Tenaz la flor como las hojas dura;
Quita a las bocas enfermizo aliento,
Ancianos pechos de fatigas cura.

Mas no los medos con sus selvas ricos,
No el Ganges bello, y turbio el Hermo de oro,
No Bactria, no los indos, no Pancaya
Con arenas de incienso envanecida,
Osen a Italia disputar sus glorias:
Italia, a quien el seno
No con la reja revolvieron toros
Que por la ancha nariz llamas despiden
Y a dientes de dragón la tierra mullen;
Mies de guerreros no espigó sus campos
Con duros yelmos y apretadas picas:
No; mas ¿ves cuál abunda
En llenas mieses y süaves vinos,
Cuál olivos la alegran y rebaños?
Allá erguido campea
El guerrero corcel: acá, bañadas
Frecuentes veces en tu sacro río,

Miro albas reses, y el fornido toro,
Cabeza de las víctimas, Clitumno,
Que romanas conquistas
Condujeron en triunfo al capitolio.
Eterna, primavera, aquí floreces;
Mitiga ajenos tiempos el estío;
Dos veces cada un año
Prole anuncian las hembras del rebaño;
Y da sus pomas el frutal dos veces.
No aquí rabiosos tigres, de leones
La raza maldecida aquí no prueba;
Ni vegetal ponzoña, al que en el campo
Hierbas cogiendo va, traidora engaña;
No rastrera en enormes vueltas gira,
Ni en tanto espacio como en lueñes tierras
Cierra la sierpe su escamosa espira.

Contempla luego, y mira
Tanta egregia ciudad, tanta obra insigne;
Tantos castillos, fábrica del hombre,
Acumulada piedra sobre piedra,
Que dan temor; y las corrientes aguas
Que viejos muros sojuzgadas lamen.
¿O el mar diré que a un lado y a otro lado
La patria ciñe? ¿Tantos lagos bellos?
¿A ti, príncipe entre ellos,
Lario, o a ti, que al férvido oceano
En olas y fragor, Benacio, copias?
¿O cantaré los diques, del Lucrino
Las allegadas moles; y el furioso
Rugir del mar, por donde la onda Julia
Lejos retumba al ímpetu del ponto,
Y el Tirreno agitado
Hierve, y las fauces del averno invade?
Tierra en todo fecunda,
Venas de argento y cobre Italia encierra,
Y en oro bullidor su seno abunda.
Y ella hijos fuertes a sus pechos cría:

Los marsos, las sabélicas legiones,
El sufrido ligur, el volsco armado
De dardo invicto; Marios ella y Decios
Brota, grandes Camilos, Escipiones
Nacidos a la guerra; y madre es tuya,
Oh césar soberano!
Que hoy triunfante en las últimas regiones
Del Asia, haces que el indo tiemble, y huya
De las almenas del poder romano.
¡Salve, madre feliz, de mieses rica,
Rica en hombres de pro, Saturnia tierra!
Salve! En tu honor mi voz y mi deseo
A las artes agrícolas levanto
Que celebraron las antiguas gentes;
El sello rompo de las sacras fuentes,
Y las lecciones del anciano ascreo
Por las romanas poblaciones canto.

De los terrenos ya las condiciones,
La fuerza, el modo, la calor veamos
Que cuadran a sus varias producciones.
Tierras ingratas, ásperas colinas
Donde estéril arcilla y piedras yacen
En espinoso lecho,
A la oliva vivaz que ilustra Palas,
Acogen, y en servirla se complacen.
Aquellas son donde de trecho en trecho
Acebuches hallares, y esparcido
El suelo vieres de silvestres bayas.
Mas tierras pingües, las de hinchado seno,
Que embeben dulce humor, y hierbas brotan,
Cuales solemos en los huecos valles
Que hacen los montes, contemplar, a donde
Arroyos de las cumbres desatados
El fertilizador légamo arrastran;
Campos que al austro caen, y el helecho,
Al corvo arado aborrecible, crían,
Riquísimos viñedos

Cultivados darán. En campos tales
Crecen las uvas que el licor gotean
Con que el oro tal vez de nuestras copas
Teñir usamos, cuando a par del ara
Su flauta de marfil sopla el obeso
Etrusco; cuando vamos
Las entrañas de víctimas, que humean,
En fuentes a ofrendar que dobla el peso.
Luego, si en ti el amor de los ganados
Mayores vence, y quieres tus novillos
O las cabras guiar y corderillos
Cuyos dientes agostan los sembrados,
Responderán los bosques y lejanas
Comarcas de Tarento a tus deseos;
O a campos vé cuales perdió infelice
Mantua inocente, la que cisnes nutre
Emulos de la nieve
En las herbosas orlas de su río:
Allí aguas puras y abundoso pasto
Tendrá tu grey, y del verdor el gasto
En largos días, repondralo en breve
Callada noche, el gélido rocío.

Tierras negruzcas que fecundo seno,
Hondo entrando el arado, manifiestan,
Tierras muelles y fofas
(Ni qué más a imitar la reja aspira?)
Campo de trigos son. No de otro alguno
Tantos volver verás a la alquería
Carros tirados de calmosos bueyes.
Ni menor prez merece el suelo en donde
Reinaba bosque secular, y luego
Vino el cultor, y con airadas manos
Postró la estéril pompa, y los antiguos
Palacios de las aves
Arrancó de raíz. Ellas dolientes
Alzanse huyendo en la región vacía.
Qué ves? Campo de escombros. Ya la reja

De esperanza le viste y de alegría.
Ni a cascajosas cuestas
Que apenas a la abeja voladora
Humildes casias y romero ofrecen;
Ni a la toba escabrosa, ni a la greda
Que negros roen los quelidros, pidas
Fruto jamás; mudas decir parecen:
"No hay campo que tan bien como este pueda
Dulce sustento dar, corvas guaridas
A las serpientes". Tierra, en fin, que exhala
Tenue niebla, volátiles vapores,
Y humor bebe y le suelta si le place,
Tierra que de perpetua verde gala
Con no prestadas gramas se reviste,
Y a útil hierro no afea
Con salitroso orín o moho triste,
Alegres vides tejerá a tus olmos,
O cubrirá de frutos tus olivas,
Y, propicia al ganado
Y dócil al arado,
Esclava la tendrás si la cultivas.
Tales los campos son de quien tributo
Capua recibe, que en riqueza abunda,
Tales los que al Vesubio mal seguros
Ciñen en torno, y los que Clanio inunda,
De Acerra infausto a los yermados muros.

Tiempo es ya que mi voz te enseñe el modo
De catar los terrenos. El que exploras
Mira si es grueso asaz o tal vez flaco;
Que uno es propicio al pan, otro a las viñas;
Ceres prefiere el denso; el flojo, Baco.
Sitio elija, ante todo,
Tu mirada sagaz: abrir ordena
Hondo un hoyo de sólidas paredes,
Y en él vaciando cuanto de él sacares,
Tus pies igualen los rehenchidos bordes.
Que si te falta arena,

Tierra aquella es delgada,
Cimiento a la alma vid, pasto a las greyes;
Mas si ella misma a su nativo asiento
Volver repugna, y, la oquedad colmada,
Aun sobra, campo es grueso, do anunciarse
Terrones pingües ves y surcos dobles;
Árale ufano con robustos bueyes.
Tierra salobre y la que amarga nombran
No es para siembras adecuada. En balde
El arado a domarla probaría;
En ella sienten generosas vides
Su sangre empobrecerse; allí las pomas
Su fama pierden. Suelo tan menguado
Reconocer te es dado
Si del humoso campesino techo
Cestos de mimbres apretados tomas
O coladeros de lagar: en ellos
Con la indiciada tierra
Mezcla a colmo agua dulce de una fuente:
El líquido impaciente
Huye, y los mimbres gruesas gotas bañan:
El paladar consulta: manifiesto
El amargo al sentido,
Triste hará al catador torcer el gesto.

Oye últimos indicios:
Tierra pingüe será la que se pega
A los dedos cual pez mientras se estrega,
No así la que se escurre en polvo vano.
Hierbas la húmida cría
Altas, y en vicio engañador abunda.
Ay! a los cielos plega
Que en su brote primero, en demasía
No se me ostente mi heredad fecunda!
Si es tal tierra liviana o grave, el peso
No tarda en descubrirlo; ojo avisado
Dirá si es prieta o de color distinta.
Mas cuán difícil es mostrar si un campo

Guarda malvado frío en sus entrañas!
Solo el pino silvestre y las negrales
Hiedras, a veces, y nocivos tejos,
Dan de tan triste condición señales.

Ya el terreno explorado,
Aun falta el campo apercibir; aun falta
Con hoyas barrenar los grandes montes,
Y mantener al aquilón expuestos
Los revueltos terrones, mucho antes
Que en el sitio adoptado
La alegre tribu de las vides plantes.
El de friable seno
Es a las viñas óptimo terreno:
Cuidan darle sazón vientos y heladas,
Y el cavador robusto,
Trastornando sus fértiles yugadas.
Mas aquel labrador que de prudente
Nunca el nombre desmiente,
Nueva industria medita, y el terrazgo
En que ordenadas traspondrá las vides,
Semejante le elige al que primero
Cual nativo las plantas ocuparon,
Porque al tierno sarmiento
No duela el cambio del materno asiento.
Y hállase quien señale
Del cielo la región, en la corteza
Del árbol que traslada,
Y, todos cual crecieron, orientada
Esta parte al calor austral, aquella
Al septentrión mirando, fiel dispone;
Que hábil mano las leyes no atropella
Que en años tiernos la costumbre impone.

Temprano considera
Si debes en los cerros, o en el llano,
Colocar tu viduño. ¿Campo es grueso,
Y pingüe tierra? Sembraraslo espeso;

Que en trabado plantío
No menos liberal Baco prospera.
¿O es desigual terreno en que se empina
Una y otra colina?
Siémbralo entonces con mayor holgura;
Mas, a cordel los árboles plantando,
Nunca los saques de la usual figura,
Y a cerrarla concurra cada hilera.
¿Quién vio tal vez cuando en marcial alarde
A lid apercibida, sus cohortes
Despliega una legión? Los combatientes
En ordenadas haces se adelantan,
Y el campo ocupan, que ondear parece
Con el vivo lucir de los aceros:
No ha estallado el conflicto; aun en silencio
Marte indeciso por los cuadros vaga.
Tus vides de esta suerte
A iguales trechos pon en rectas calles;
No tanto por la bella perspectiva
Que al ánimo dará vano contento;
Mas porque así la tierra equitativa
Vitales jugos distribuye, y pueden
Libres los ramos dilatarse al viento.

De los hoyos la hondura
Acaso aguardas que mi voz te diga.
La vid, somera yo sembrar no dudo:
Más profundo en la tierra
Y más secreto el árbol alto aferra;
Sobre todos el ésculo, que cuanto
El cielo hiere con su copa altiva,
Con raíz honda en el averno estriba.
Ni horrísona tormenta,
Ni lluvia impetüosa le derriba:
El las generaciones de los hombres
Contempla renovarse, y victorioso
Ve los años pasar, los siglos cuenta:
A un lado y a otro lado

Sus brazos de gigante retorciendo,
En torno de su basa el campo escombra,
Y en su centro firmísimo asentado
La majestad sostiene de su sombra.

No miren a occidente
Tus vides; avellanos no se pongan
Entre ellas; ni eminente
Sarmiento elijas, ni en la cima vayas
Las plantas a tomar, sino en lo bajo;
Que el amor de la tierra tanto vale!
Con embotado hierro los pimpollos
No toques; y en tus vides
Troncos no mezcles de silvestre olivo;
Que a veces, descuidados los pastores,
Saltó lampo de fuego, que furtivo
En la pingüe corteza se cautela;
Y luego más activo
Ciñe el tronco, a las altas hojas vuela,
Y a cielo abierto resplandece y brama:
Ya va de rama en rama
Triunfante, y la alta copa señorea;
Sobre el bosque de vides se derrama,
El resinoso pasto le embravece,
Y a la región vacía
Espesas nubes de su seno envía.
¡Y qué, si la tormenta
Envuelve a los sembrados, y en sus alas
Al incendio recibe y lo acrecienta!
No el abrasado campo los felices
Sarmientos ornarán de nuevas galas;
Que, agostados los jugos y raíces,
Solo, padrón aciago,
El acebuche sus amargas hojas
Tiende infeliz sobre el común estrago.

Nadie, aun sabio maestro, te persuada
A remover la tierra
Cuando boreales soplos la endurecen;

Que el temporal la cierra
Entonces con el hielo, y la plantada
Simiente oprime, y la raíz no aferra.
Sazón propicia de sembrar las vides
Te dará la purpúrea primavera,
Cuando con blancas alas torna el ave
Que las largas culebras aborrecen;
Y del otoño los primeros fríos,
Cuando, huyendo el verano,
Rápido el sol no toca todavía
Con sus corceles al hibierno cano.
Oh! cómo es dadivosa
La primavera a bosque y selva umbría!
A su influjo la tierra hinche su seno
Y a geniales semillas lo abre ansiosa:
El éter, padre omnipotente, entonces
En lluvia fecundante
Baja al regazo de la alegre esposa;
Le envuelve el cuerpo inmenso, inmenso él mismo,
Y los principios de los seres cría.
Trinan en la floresta
Alados coros, y en preciso día
Juegos de amor renuevan los ganados.
El campo sus tesoros manifiesta,
Y el césped se desata
A los soplos del céfiro templados;
Tierno humor en los prados se dilata.
Las flores sin recelo
Al nuevo sol esperan cortesano;
Y el pámpano del austro soplo insano
No teme ya, ni que barriendo el cielo
En lluvia el aquilón súbito rompa;
Antes abre sus yemas, y despliega
Todo el alarde de su hojosa pompa.

No creo que otros los tempranos días
Fueran del universo, ni otra fuera
Su ley original: primaverales

Tiempos fueron; hermosa primavera
Señoreaba el mundo, a quien el euro
No ofendía con hálitos glaciales,
Cuando la luz primera
Bebieron los ganados, cuando el hombre
Holló, férrea progenie, el duro suelo,
Y de fieras los montes se erizaron,
Y brillaron estrellas por el cielo.
Ni adelantado habría el orbe infante
Su desenvolvimiento laborioso,
Si no hubiese tan grande paz doquiera,
Y promediando la calor y el frío,
La celeste piedad no le valiera.
Y luego, cualesquiera
Plantones que en las hoyas estrechares,
Esparce abono fértil, y con mucha
Tierra los cubre, o piedras absorbentes
En torno siembra y escamosas conchas;
En libre giro pasarán entre ellas
Líquidas aguas, hálitos sutiles,
Y así las plantas se alzarán más bellas
Cobrando oculta fuerza. Agricultores
Hay que con grave piedra y teja ingente
Arropan el mugrón, o por guardalle
Contra turbión intempestivo, o cuando
Atormentada por el Can, su seno
Con anhelante sed abre la tierra.

Ya las cepas plantadas, atenciones
Tienes aún; que o tierra a las raíces
Traerás constante, y tenderás la dura
Azada de dos dientes; o moviendo
Bajo la hincada reja
El suelo, guiarás entre la viña
El paso torpe de rebeldes bueyes.
También de apercibir tiempo es entonces
Cañas pulidas y desnudas varas,
Y pértigas de fresno,

Y horquillas, en que empiece vid infante
Sus pasos a ensayar, desprecie al viento,
Y en difuso ornamento
A la cima del olmo se levante.

En sus primeros juveniles días
Indulgencia la vid pide y merece.
Mientras fiado al aura que le mece
Ledo el pámpano ensaya
Su libertad, la podadera evite
Tu mano; y sola, cual la armó natura,
Hojas superfluas arrancando vaya.
Recorta los cabellos, y los brazos
Hiere a la vid, cuando su lujo explaya
Ciñendo al olmo en arraigados lazos;
Ella antes de eso la nociva fuerza
Teme del hierro: entonces, solo entonces,
Tu mano imperio riguroso ejerza,
Y sus ramos soberbios tenga a raya.

Ni retejer olvides
Los setos; y defiende del ganado
La tierna hoja de nacientes vides.
A más de hielo duro y sol ardiente,
Embístenla tenaces
El uro agreste y las golosas cabras;
La oveja misma y la voraz becerra
No la perdonan. Y en verdad, ni el frío
En albísima escarcha macizado,
Ni el ardor del estío
Que áridas rocas con su peso oprime,
Tanto daña a la vid como el ganado
Con la ponzoña de su duro diente,
Que en el tronco inocente
Funesta cicatriz, hincado, imprime.

No otra culpa se expía
Cuando se inmola en los altares todos
A Baco un macho de cabrío, y cuando

Vemos en los teatros celebrarse
Antiguos dramas; no con otro intento
En aldeas también y encrucijadas
Los hijos de Teseo
Con premios los ingenios convidaron,
Y entre el plácido estruendo de las copas,
Sobre aceitados odres, en las muelles
Praderas, cabrïolas ensayaron.
Los romanos colonos, de igual suerte,
Antigua raza que de Troya vino,
Riendo sin compás, rústicos versos
Improvisan; de cóncavas cortezas
Semblantes para sí toman horrendos;
Y en alegres canciones
Te invocan, Baco, y en tu honor suspenden
De los pinos erguidos
Tus móviles afables mascarillas.
A su influjo el viñedo
Lozano ostenta sus adultos bríos,
Y huecos valles y profundos bosques
Rebosan abundancia, y a doquiera
Que el dios volver se digna el rostro ledo,
El campo brota y ríe.
Cantemos, pues, de Baco los loores
En religiosa fiesta,
En los versos que niños aprendimos;
Con sacros panes y tempranas frutas
Coronemos su altar, y ante él parezca,
Llevado de los cuernos, escogido
Cabrón, y en asadores de avellano
Pingües entrañas examine el fuego.

Otro esmero demanda
La cultivada vid; que es en las vides
Necesidad jamás bien satisfecha
Por asidua labor, tres, cuatro veces
Cada año el suelo abrirles,
Y, vuelto el azadón, sin paz, sin tregua,

Romperles los terrones, y el plantío
Aliviar de su hojosa pesadumbre.
Apenas acabadas, las faenas
Vuelven del labrador; sobre sus pasos
Siempre en círculo igual ruedan los días.
Cuando, en fin, de la hoja
Ultima se despoja
La vid, y el verde honor del bosque umbrío
Sacude bóreas frío,
Ya al año venidero
Próvido extiendes, labrador, tus miras,
Y de Saturno con el corvo diente
A la atreguada vid en sus raíces
Embistes, y podando, la compones.
Tú el primero la tierra cava, quema
Los sarmientos podados tú el primero,
Y lleva a la alquería
Tú el primero también, los rodrigones;
Y vendimia entre todos el postrero.
Dos veces a la vid sombras invaden,
Y dos veces al año
Hierbas le estrechan su espinoso sitio;
Y uno y otro apareja ímprobo empeño.
Alaba, pues, un campo grande; solo
Cultiva uno pequeño.
Qué más? La áspera rama
Del rusco, por el bosque; en la ribera
Córtase el junco que los ríos ama;
Y del sauce silvestre
El cuidado tus ocios ejercita.
Ya las vides atadas me figuro,
Y en paz la podadera,
Y de sus cuadros ya en la extrema hilera
Cansado el viñador alegre canta.
Solicitar la tierra todavía
Falta empero, y abrir las glebas duras;

Aun debes, por las uvas ya maduras,
De los aires temer mudanza impía.

Muy otro el sacro olivo,
Nada pide al cultivo,
Nada a la corva hoz, nada le debe
Al rastrillo tenaz, como ya en firme
Haya arraigado y vientos sobrelleve.
Si la azada la mueve,
La tierra suficiente jugo luego
Ofrece al olivar; y si la reja,
Rico le para de copiosos frutos:
Tal el árbol se nutre que agradables
Rinde a la paz sus fértiles tributos.

Y todos los frutales,
Cuando sus troncos vigorosos sienten,
Y las fuerzas conocen que en sí llevan,
Con orgulloso brío, en muestra ufana,
A los astros se elevan,
No socorridos ya de industria humana.

En tanto la abundancia
Miro del bosque que sin trabas crece:
Cada rústica estancia
De las aves del cielo,
Con sangrientas frutillas se enrojece.
¿Ves afeitar el cítiso las cabras?
¿Las teas ves que el alta selva ofrece
Y a nocturnas hogueras alimento
Son, y a la ancha campaña lumbre amiga?
¿Y a natura oficiosa
Corresponder aun dudas, hombre lento,
Con tu parte de esfuerzo y de fatiga?
Callaré de los árboles mayores:
El sauce estéril, la retama humilde
Dan hoja a los ganados,
Dan sombra a los pastores,
Y seto a los sembrados,

Y pábulo a la miel. Y es gran delicia
Contemplar el Citoro
Que de bojes cubierto olas semeja,
Los resinosos bosques de Naricia,
Y campos que jamás violó la reja
Ni atormentó del hombre la codicia.
Aun las selvas, que estériles dijeras,
Que la cumbre del Cáucaso dominan,
En cuyo daño renovando embates
Indómitos los euros se amotinan,
Múltiples elementos dan: en pinos
Tablas a los marinos
Brindan, y a los artífices de casas
En cedros y cipreses dan maderas.
De ahí el cultor para sus carros forma
Ruedas sin rayos, o los rayos de ellas,
Y cóncavos costados a los barcos.
Tiende el sauce su vara
Profusamente, su hoja el olmo ofrece,
Valiente astil el arrayán depara,
El cerezo a guerreros favorece,
Y dóblase, y en arcos
Itureos su forma el tejo trueca;
Y el boj, al torno dócil, y el liviano
Tilo mudan también la suya, y ceden
Al agudo cincel que los ahueca.
Al Po lanzado el álamo ligero
En la undosa corriente sobrenada.
Y las doctas abejas sus enjambres
En las huecas cortezas y en el seno
Guardan también de una cascada encina.
¿Hay algo que a estos dones, en la historia
De los dones de Baco se equipare?
Tú a crímenes a veces, Baco, incitas:
Tu influjo a par de muerte
Fue de centauros a la ardida tropa,
Y a Folo, a Reto, a Hileo;

Hileo, que feroz a los lapitas
Por ti amenaza con disforme copa.

Fortunados de sobra, si tuviesen
De los bienes que gozan
Segura posesión, los labradores,
A quien la tierra misma de su seno
Fácil sustento liberal prodiga,
Lejos del ruido de civil discordia!
Palacios no hay allí que en pompa regia
Por sus pórticos todos desde el alba
A oleadas los áulicos derramen:
No la vista suspende
Incrustado dintel de conchas bellas:
Tampoco ricas telas y brocados,
O insignes bronces que Corinto envía:
Ni al limpio aceite allí vició la casia,
Ni fenicio veneno albos vellones.
En cambio paz segura,
Y un sabroso vivir libre de engaños
Y en la copia profuso de sus dones,
Tiene el agricultor. Aquella holgura
Y alma serenidad de la campaña,
Umbrosas espeluncas, vivos lagos,
El fresco valle y verde, los mugidos
Del perezoso buey, los apacibles
Sueños gozados bajo amenas sombras,
A su dicha no faltan. En el campo
Sobria, fuerte, a fatigas avezada
Verás la juventud. Cazar te plugo?
Bosques tendrás, enmarañados bosques,
Fieras y grutas. ¿La virtud te guía?
Aquí verás la religión honrada,
Honrada la vejez. Cuando del suelo
Impuro se ausentaba la justicia,
Dejó en los campos sus postreras huellas.

Antes que todo aquellas
Más que nada en el mundo

Dulces al corazón, divinas musas,
A quienes, de su culto sacerdote,
Con infinito anhelo amo y adoro,
Piadosas en su gremio me reciban.
Los caminos me enseñen
Del cielo, el voltear de las estrellas,
Las ausencias del sol, las mutaciones
De la luna; quién hace que de pronto
Trema la tierra; cuál oculta fuerza
Entumece y desborda
Sobre diques al mar; cómo él de nuevo
Torna en su lecho a reposar en calma;
Quién los soles de hibierno precipita
Impaciente en las olas de oceano,
Y quién retarda las estivas noches.
Si no alcanzare mi talento humilde
Tan altas maravillas, y en mi pecho
Vital calor al entusiasmo falta,
Sin otra gloria que el amor tranquilo
Del campo, el campo buscaré y las selvas,
Selvas, y valles, y encantados ríos.
¡Quién al Esperquio me llevara! Al centro
Llevadme del Taigeto, que frecuentan
Vírgenes de Laconia! Allá, a los fríos
Valles del Hemo conducidme, y alta
Sombra me cerque de obsequiosos ramos!

¡Feliz aquel que las ocultas causas
Penetró de natura, y sin cuidarse
De lo que traigan los futuros días,
Cual polvo vano los temores tristes
Huella, y los ecos de Aqueronte avaro!

Feliz también aquel que solo agrestes
Divinidades conoció: Silvano,
El añoso Silvano,
Pan, y la tribu de las ninfas bella!
No los fasces del pueblo, no le turba

La púrpura real; no la discordia
Que a hermanos entre sí revuelve infieles;
No el Daco, si del Istro
Que recibió sus juramentos, baja;
No romanas empresas, no de imperios
Lejanos la ruina. Ni crueles
Miserias ve que a compasión le inclinen,
Ni altivas pompas que a furor o envidia.
Frutos con que de suyo
Los árboles le brindan y los campos,
Alcanza sin fatiga. Duras leyes
No conoció en sus días,
Públicas tablas ni agitado foro.

Otros bogando el remo
Hienden el mar, a las espadas corren,
Y de altos reyes la mansión invaden.
Cuál ciudades destruye
Y pobres techos con el suelo iguala
Por reclinarse en púrpura de Tiro
Y beber (gran conquista!) en copa de oro;
Cuál riquezas sepulta, y azorado
Sobre ellas duerme. Quién absorto admira
Al popular tribuno;
Quién atónito escucha en el teatro
Aplausos que a los próceres tributan
Patricios y plebeyos. O en la sangre
De sus hermanos con placer se lavan;
Y el que probó contraria a la fortuna,
Trueca a destierro el dulce hogar nativo
Y patria busca en los extraños climas.

Mas el cultivador con el arado
Corvo la tierra mueve: así comienza
Del año las prolíficas labores
Con que a la patria nutre y su familia
Sustenta y sus ganados,
Y aquellas yuntas que tan bien le sirven.

Ni hay tregua ya; que exuberante el año
Pomas vierte, o rebosa en nuevas crías;
O allega Ceres sus manojos rubios,
O la abundancia en los sembrados ríe,
Y las trojes rehinche y se derrama.
¿Llega el hibierno? La preciosa oliva
Se exprime en el lagar; vuelven los cerdos
Repletos de bellota a la zahurda.
Madroños da la selva. Ya hace alarde
Otoño de sus bienes;
Y la dulce vendimia, al sol expuesta,
En escabrosas cimas se sazona.
Sus hijuelos en tanto
Cuélganse en torno a disputar sus besos:
Fe conyugal y honesto amor guarece
Su inmaculado hogar. La mansa vaca
Para él dilata sus lecheras ubres;
Y en los herbosos prados,
Fieros ya de sus cuernos se acometen
Los bien medrados juguetones chivos.
Fiel las fiestas celebra: reclinados
Sobre la hierba, donde en medio brilla
El fuego del altar, sus compañeros
Cíñenle en flores el colmado vaso,
Y él le empina en tu honor, oh buen Leneo!
Premios allí propone a los pastores,
O ya en el olmo erguido el blanco fije
A donde asesten las veloces flechas,
O ya a rústica lucha aderezados,
Desnudos muestren sus fornidos miembros.

Los antiguos sabinos
Tal manera de vida instituyeron;
Costumbres como aquestas nos legaron
Rómulo y Remo; así la fuerte Etruria
Creció; así Roma levantó la frente,
Y de alcázares siete amurallada,
Del mundo apareció gentil señora.

Y aun antes del reinado de Dicteo;
Antes que con novillos degollados
El hombre, impio linaje, sala hiciese,
Esta vida feliz vivió en la tierra
Saturno, padre de los siglos de oro.
No a impulso de aire resonar clarines
Entonces, ni crujir oyera el hombre
Puestas al duro yunque las espadas.

Mas hemos recorrido
Campo inmenso; tiempo es que a los caballos
Soltemos ya los humeantes cuellos.

LIBRO TERCERO

También he de cantarte, insigne Pales,
Y a ti, digno de prez, pastor de Anfriso,
Y a vos, selvas y fuentes del Liceo.
Otros asuntos ya, cuantos habrían
Podido de los hombres las ociosas
Mentes apacentar, gastados miro:
¿Quién al duro Euristeo, los altares
Del infame Busiris quién ignora?
Hilas infante, la latonia Delos,
Pélope, de hombro de marfil dotado,
Cabalgador famoso, Hipodamía:
¿Quién no sabe y repite sus loores?
Nuevo, nuevo camino abrirme intento,
Por donde del humilde suelo alzado,
Glorioso en boca de los hombres vuele.

Yo, el primero, si vida no me falta,
A mi patria tornando de Helicona
Traeré conmigo las divinas musas;
A tus pies, Mantua mía, yo el primero
Vendré a ofrendarte palmas de Idumea.
Y en la verde campaña
Que errante el Mincio baña
Con rica vena y apacibles giros,
A par allí de la corriente undosa
Mis manos fundarán marmóreo templo:
Señoreando el sitio amable numen
Alzará en medio de él César la frente.
Yo instauraré en su honor festivos juegos,
Y de vistosa púrpura vestido,
Triunfante agitaré cuadrigas ciento
Cerca del río: en luchas y en carreras
Toda la Grecia a disputar coronas
Allí vendrá, las márgenes de Alfeo

Y los bosques dejando de Molorco;
Y yo presente allí, ceñida en hojas
De despojado olivo la cabeza,
Los dones propondré. Ya me solazo
Guiando al ara las solemnes pompas,
La inmolación de los novillos viendo:
Ya el girar de la escena y de sus faces,
Ya a los britanos figurados miro
El purpúreo tablado sustentando.
Abultaré en las puertas los combates
Reñidos con los gángaros, en oro
Y sólido marfil, y allí las armas
Lucirán victoriosas de Quirino;
Y el Nilo mostraré majestuoso
Crecido en ondas y de guerra armado,
Y de bronce naval yertas columnas.
Las ciudades del Asia sojuzgadas,
Y expelidos los hijos del Nifates,
Y el parto, que su vida a presta fuga
Y a sus saetas volvedoras fía,
Entallaré después; y dos trofeos
A dos pueblos diversos arrancados,
Y de opuestas riberas, de este doble
Vencimiento en señal, cautivas gentes.
En mármoles de Paros
Relevaranse allí vultos vivientes:
De Asáraco la prole, nombres claros
De la raza de Jove, el viejo Troo,
Y Cintio, autor de los troyanos muros.
La derribada envidia
En el rostro dirá cuál teme al triste
Cocito, y las serpientes retorcidas
Del mísero Ixïón, y la gran rueda,
Y aquel peñasco que jamás descansa.

En tanto de las dríadas las selvas
Trataré, intrincareme en los amenos
Bosques, de humana planta antes no hollados;

Y el no fácil empeño
Que impones, cumpliré, Mecenas mío.
Nada grandioso el pensamiento ensaya
Sin ti. Rompamos ya tardas demoras;
Con alto ruido Citerón nos llama,
Y el Taigeto, y sus canes, y el famoso
Domador de caballos Epidauro;
Hinchiendo el monte el gran rumor se aumenta.
Cantar de mi héroe las ardientes lides
Emprenderé después, y tantos años
Cuantos pasaron de Titón a César,
Haré de César duradero el nombre.

O ya caballos críes
De la olímpica palma enamorado,
O ya para labor fuertes novillos,
Las madres de ellos ante todo elige.
Optima es a este fin la vaca torva
De cabeza deforme
Y robusta cerviz, a quien pesada
A cubrir las rodillas
Desde el morro desciende la papada:
Largo asaz el costado, grande todo
Tenga, aun el pie, y ostente
Bajo el torcido cuerno hirsuta oreja.
Ni menos me promete la que trae
La piel de blancas manchas esparcida,
La que el yugo rechaza
Y tal vez con los cuernos amenaza,
La que toro semeja
En la faz, la procera, que barriendo
Sus huellas va, al andar, con larga cola.
Para llevar las cargas de himeneo
Propicia edad empieza a las novillas
Al año cuarto, al décimo caduca.
No hay fuera de estos términos posible
Fecundación, ni del arado al peso
Fuerza igual; dentro de ellos, que la alegre

Juventud constituyen del ganado,
Huelga a los toros da, da que se entreguen
A solaces de Venus,
Y de una en otra en sucesivas crías
El bovino linaje así renueva.
Ay! siempre de los míseros vivientes
Huyen risueños los primeros días,
Dolencias vienen y trabajos luego,
Triste vejez, y la implacable muerte
Que con golpe veloz todo lo acaba!
Siempre tendrá cabezas tu rebaño
Que debes reponer, suple a sus faltas;
Y porque tarde el daño
No sientas, anticípate, y prudente
Las pérdidas repara cada un año.

No menos diligencia
A la elección de los caballos debes.
Tú desde tierna edad a los que fíes
El incremento de la raza, aplica
Laboriosa atención. El potro nuevo
De estirpe generosa
Gallardo ya campea,
Y en noble porte y numerosos pasos
Las blandas coyunturas ejercita:
Toma la delantera en el camino,
A la crespa corriente vado tienta,
A puente ignoto avánzase el primero,
Ni de estrépitos vanos se intimida.
La cerviz tiene erguida,
Aguda la cabeza, el vientre breve,
Grupa redonda, el pecho
Con músculos soberbio que le abultan.
Noble es el rucio azul, noble el castaño;
De blancos y melados desconfío.
¡Con qué ingénito brío
El pisador lozano
Sale del puesto y sosegar no sabe

Si armas de lejos resonar ha oído!
Las orejas aguza, se estremece,
El encendido aliento
Por la abierta nariz bramando arroja;
El cabello sacude aborrascado,
Le esparce al diestro lado;
Y doble mueve la dorsal espina,
Y recios cascos sobre el suelo asienta
Que batido a compás hueco retumba.
Sofrenado de Pólux Amicleo
Tal Cílaro soberbio braveaba;
La copia de trotones
Que Marte unció, tal era; tales fueron,
Ya de griegos poetas celebrados,
Los del carro veloz del grande Aquiles;
Y Saturno agilísimo, la hermosa
Crin derramando sobre el cuello equino,
Así también, al asomar su esposa,
Hirió, rápido huyendo,
El alto Pelion con relincho agudo.

Al que así contemplaste
Animoso corcel, cuando abrumado
Por las enfermedades, o vencido
Le vieres de la edad, ponle a cubierto,
Y da a su honrada senectud descanso.
Para enlaces de Venus
Frío el caballo viejo, afán estéril
Apura en ellos, y tal vez si llega
A la amorosa lid, se enciende en vano,
Cual sin fuerza en la paja un alto fuego.
Observa de antemano
Los bríos y la edad de cada potro,
Su raza y vocación discierne luego;
Mira si causa en él, y en qué manera,
La ignominia dolor, celo la gloria.
¿No has visto cuando en rápida carrera
Parten de la barrera

A cubrir el palenque émulos carros?
Mancebos que en la faz muestran bizarros
El ansia de vencer, mientras el pecho
La duda palpitante les devora,
Con retorcido látigo aguijando,
Tendido el cuerpo, van, suelta la brida;
En férvido volar arden las ruedas;
Y ora se inclinan, y ora
Parecen remontarse arrebatados
En vuelo aéreo a superior esfera.
No hay descanso, no hay paz. La arena roja
En nubes se levanta:
Fogoso al delantero el de atrás moja
Con la espuma que arroja;
Tanto es el pundonor, la ambición tanta!

Fue Erictonio el primero que ensayando
Uncir cuatro caballos, trïunfante
Sobre las prestas ruedas se sostuvo.
Los peletronios lápitas, los lomos
De un corcel oprimiendo, introdujeron
El arte de enfrenarle y de volverle;
Por ellos el jinete adoctrinado,
Aun bajo el peso de las armas, pudo
Hacer al pisador herir la tierra
Y concertar los arrogantes pasos.
Igual virtud ambos oficios piden;
Para ambos a la vez los domadores
Potro eligen veloz, nuevo y lozano;
Nunca al caballo anciano,
Por más que ardiente en sus antiguos días
Haya a contrarias bandas perseguido,
Y por nativo suelo
A Epiro tenga o la feraz Micenas,
Y al gran Neptuno por remoto abuelo.

Todo ello examinado,
En propicia ocasión los criadores

En pro del bruto que por dueño y padre
Impuesto hubieren a la grey, convierten
Su desvelo ingenioso, y alimento
De sólida grosura darle cuidan.
Para él las hierbas más jugosas cortan,
Y aguas le ofrecen de corrientes ríos,
Y abundante cebada, porque nunca
En sus blandas fatigas desfallezca,
Ni la prole infeliz tristes efectos
De la paterna languidez reciba.
Por modo opuesto, a las gregarias hembras
Extenúan solícitos, y cuando
Tocadas de calor voluptüoso
Los primeros placeres solicitan,
De los pastos las quitan,
De las líquidas fuentes las apartan,
Y a los rayos del sol en ocasiones
Quiebran sus bríos con veloz carrera,
Cuando gime la era
Con el herir de las trilladas mieses,
Y a los soplos del céfiro aventadas
Las volátiles pajas remolinan.
Fatíganlas así, porque creciente
Gordura en las regiones genitorias
No estreche las canales de la vida;
Antes sedientas en captar no tarden
La fecunda simiente, y recibida,
En sus senos recónditos la guarden.

A su vez de los padres
El cuidado abandonan, y a las madres
A dedicarlo empiezan. Si preñada
Errante una hembra va, pasados meses,
Ninguno osado sea
A uncirla de pesado carro al yugo,
Ni saltar la permita,
Ni a tendido galope corra el prado,
Ni espumoso torrente cruce a nado.

En solitarios sotos se apaciente,
La margen trate de abundosos ríos;
El verde musgo y grama floreciente
Le den mullida alfombra,
Y al silencio se incline y a la sombra
De oscuros antros y peñascos fríos.
Del Sílaro en los bosques crece y medra,
Y de Alburno en los verdes encinares,
El volador insecto a quien llamaron
Los romanos *asilo, estro* los griegos.
Gira cruel con ásperos zumbidos;
Por la selva asustados
Se ahuyentan los ganados,
Hierve el aire en bramidos,
Y con el peso, del Tenagro mustio
Los árboles oprime y las riberas.
Con este hórrido azote aguzó Juno
En la hija de Ínaco su ira.
Y como en horas de bochorno sea
Más y más importuno,
Que a las madres no acose entonces, mira;
Al pasto vayan ellas
En las primeras matutinas horas
Tan solo, y cuando apuntan las estrellas
Del carro de la noche conductoras.

Cuando ellos han nacido,
Todo el esmero que se dio a las madres
Conviértese a los hijos. El colono,
De familia y dominio y apellido
Les pone el sello: el que destina al ara
Marca también, y el que a acrecer la prole,
Y el que a romper reserva
Campo erizado de terrones: sueltos
Gusten los otros de la verde hierba.
Tú a aquellos estimula
Que a menesteres rústicos designes,
Y el modo de domarlos ejercita,

Mientras de tiernos juveniles años
El espíritu dócil lo permita.
Lazadas flojas de ligeros mimbres
A la cerviz anúdales; y luego
Que hayan los libres cuellos avezado
A servidumbre, de los lazos mismos
Conformes pares de becerros ata
Y hazlos unidos acordar el paso.
Frecuentes veces por el llano tiren
De carretas vacías, tal que apenas
Huella en el polvo la pezuña imprima:
Bajo peso mayor el eje luego
Esforzándose gima,
El eje de haya; y el timón herrado
Consigo arrastre las unidas ruedas.
Entretanto a la turba aun no domada
No des campestre grama; ovas palustres
Unicamente, u hoja
Tierna de sauce, mas también cebada
Tu mano amiga en hierba le recoja.
Ni la vaca parida,
Cual estilaron ya nuestros abuelos,
Tarros corone con nevada espuma,
Mas en rico sustento a sus hijuelos
Gustosa la ubre hinchada ella consuma.

Si a la guerra y sus fieros escuadrones
Te inclinas más; si adelantarte anhelas
A las corrientes del pisano Alfeo,
Y en el bosque de Jove
En alígero carro alegre vuelas,
El potro que a estos usos predestines,
El aspecto y las armas, lo primero,
Contemple del guerrero;
Enséñese al clangor de los clarines,
De chilladoras ruedas al ruído,
Y al choque de los frenos en la cuadra
Acostumbre el oído;

Su cerviz se aficione a las caricias
De la palma del dueño alentadora,
Y tenga sus aplausos por delicias.
Apenas destetado,
Cada vez más y más formando vaya
A tales atenciones el sentido;
Mas, inhábil aún y delicado,
Primero que el bocado,
Blando cabestro a recibir se avece.
Tres veranos cumplidos, cuando asome
El año cuarto, a revolver empiece,
A compás bata el campo,
Las volubles rodillas alce y baje,
Y en numeroso alterno movimiento
Fácil jugando, al parecer trabaje:
Más tarde llame al viento,
Y cual suelto de brida,
La ancha llanura atravesando, apenas
Huellas estampe en su fugaz corrida.
Así de las regiones hiperbóreas
Baja denso aquilón; ante él de Escitia
Los áridos nublados desparecen;
Adultas mieses y ondeantes campos
Con susurro suavísimo se mecen;
Las altas selvas braman;
Cubren ondas gigantes la ribera,
Y él barriendo a la vez tierras y mares,
Las fugitivas alas acelera.
Potro que así educaste
Ya sudará en la olímpica carrera
En los de Élide campos anchurosos,
Con frenos sanguinosos
A vueltas de la espuma que los bañe;
O más bien, por ventura, en dócil giro
Belgas carrozas guiará liviano.
Con jugoso forraje
Permite al ya domado que embarnezca;

Mas si antes de amansarle tal hicieres,
Sublevarase de soberbia lleno,
Y al látigo flexible no le esperes
Sufrido, ni obediente al duro freno.

Ya apacientes caballos, ya novillos,
No hay industria en lo humano
Que tanto su vigor solide y crezca,
Como las ocasiones y deseos
Alejar del amor ciego y tirano.
En un repuesto llano,
Detrás de una agria sierra,
En medio de anchos ríos
Ceba sus toros el pastor prudente,
O en provistos establos los encierra;
Que roba una hembra los vitales bríos
Con halago sutil, y el que la mira
Se abrasa de mirarla, y no lo siente,
Con amoroso fuego
Que del pasto ,y la sombra pone olvido;
Y el dulce poseella
A recursos de ira
Tal vez remiten dos rivales. Ella,
Novilla hermosa, en honda selva pace;
Ellos en tanto embístense sañudos,
Toros valientes, en igual porfía;
Heridas menudean,
Negra sangre chorrean,
Los cuernos traban con bramar tremendo,
Y las florestas y el lejano Olimpo
Repiten de la riña el sordo estruendo.
Y no será que retornar se vean
A un mismo establo entrambos contendores:
Destiérrase el vencido,
En remotas comarcas ignoradas
Su afrenta va a esconder y sus dolores,
Y a llorar sin venganza el bien perdido;
Volviendo las miradas

A su nativo establo, así se aleja
Del que reino fue ya de sus mayores.
Pero no para siempre: allá rehace
Sus fuerzas en silencio: lecho duro
Mulle en medio de peñas, donde yace
Noches enteras: espinosas hierbas
Y agudos juncos pace.
Embistiendo algún tronco se ejercita,
O al aire corneando; tal se ensaya,
Y esparramando polvo, a la pelea.
Luego, al sentirse reparado y fuerte,
Tiendas levanta, al enemigo busca
Descuidado, y sobre él se precipita.
Así en medio del piélago blanquea
Onda naciente, así su seno agita,
Y a la distante playa
Mueve ufana su pompa; así retumba
Entre escollos horrísona, y cayendo
Como soberbio monte se derrumba:
El agua en tanto suena
Desde el fondo en hirvientes remolinos,
Y arroja por encima negra arena.

Al fuego del amor y sus furores
Así son atraídos
Todos los seres que la tierra pueblan:
El hombre, el bruto, y los marinos peces
Y las pintadas aves; y es en todos
Uno mismo el amor que los arrastra.
No hay, como el tiempo del amor, ninguno
En que de sus cachorros olvidada
Tantas furias conciba
Por los campos errante la leona;
Ninguno, en que terror y estrago tanto
Siembren doquier los contrahechos osos
Por la selva; en tal tiempo, más que nunca,
El jabalí es feroz, cruel el tigre.
¡Desgraciado el que entonces

Por las regiones de la Libia vague!
Arde el sabino cerdo
También; arde y se lanza, y los colmillos
Aguza, el suelo escarba, contra un árbol
Los lomos se refriega, y todo el cuerpo
Más y más contra heridas endurece.
¿Qué diré de los linces, los manchados
Linces de Baco? Los terribles lobos
¿Qué no osan, y los perros? El combate
Aun los tímidos ciervos no rehuyen.
¡Y qué es ver al mancebo a quien los huesos
Penetró con su llama amor tirano!
En deshecha borrasca, en alta noche,
A nado cruza el pavoroso golfo:
Truena sobre su frente
La bóveda del cielo: el mar undoso
Retumba en los escollos combatidos.
Ay! los amados padres
No harán que retroceda, ni la hermosa
A quien mísero fin él mismo lleva!
Ni menos impaciente
Tiembla de miembros el corcel, con solo
Que el conocido olor beba en las auras;
Y lánzase veloz. No el hábil freno,
No el látigo implacable le modera;
En vano hendidas rocas, montes, ríos
Que árboles vuelcan en su turbio seno,
Saldrán a detenerle en su carrera.
No hay, empero, de amor en los furores
Quien semeje a las yeguas. Venus misma
Les dio su llama en dote
Cuando al mísero Glauco a dentelladas
Las cuadrigas de Potnia destrozaron.
Amor, amor sin duda
A trasponer del Gárgaro la cumbre
Y el estruendoso Ascanio las obliga;
Ellas montes escalan, cruzan ríos.

No bien la llama en sus medulas sienten,
(En primavera sobre todo, cuando
El natural calor vuelve a los huesos),
Ya todas ellas en las altas rocas,
Vuelta la faz al céfiro, aparecen
Aspirando en su sed auras sutiles;
Y es voz que a veces sin consorcio alguno,
Fecundadas del viento,
Oh increíble portento!
Entre rocas bajando y asperezas,
Por las hondas cañadas
Intrincan las pisadas,
No hacia los sitios donde nace el euro,
No a la cuna del sol; sí a las regiones
De cauro o bóreas, o a do el austro sopla,
Que las alas negrísimas batiendo
El cielo atrista con pluviosos fríos.
El claustro genital destila entonces
El espeso veneno que entre todos
Con el nombre de *hipómanes* distinguen
Los pastores; el mismo aquel que arteras
Recogen, y con hierbas y conjuros
Confeccionan malvadas hechiceras.

Mas dónde estoy? Mientras con vago encanto
Describo del amor los pormenores,
Huye el tiempo veloz, huye y no torna!

A ganados mayores
Ya he dado suficiente espacio, y llego
A la otra parte del asunto mío:
Lanudas greyes y cerdosas cabras
Me cumple describir. Afán prolijo
Ellas nos dan, asiduos labradores;
En ellas cantaré vuestros loores.
Arduo es, no se me esconde, con palabras
Vencer temas cual este, y a pequeñas
Materias tales añadir decoro.

Mas a las soledades del Parnaso
Dulce afición me induce: por vereda
No hollada de mortales
Yo a la Castalia fuente inclino el paso,
Y errante a sus misterios me abandono.
Ora, divina Pales,
Ven y sublima de mi voz el tono.

En mullidos establos, ante todo,
De hierbas las ovejas se apacienten,
Mientras torna a su vez frondoso estío,
Y háganles blando de la tierra el lecho
Haces de seco helecho
Y paja en abundancia, porque el frío
A la grey delicada
No desazone en su rigor, ni roña
Vil ni gotosa enfermedad la invada.
Dejando las ovejas, mi segundo
Precepto dicto, y al colono ordeno
Que de hojas de madroño
Y agua fresca de ríos
Las cabras abastezca; y sus majadas
Caigan al mediodía
Expuestas a los soles hibernales,
De soplos enemigos resguardadas,
Mientras torna de la urna al fin del año
Raudales a verter Acuario frío.
De amor y gratitud es el cabrío
No menos digno que el lanar rebaño,
Aunque vellones que Mileto envía,
Bañados en la púrpura de Tiro,
Por insigne valor trocados sean.
Más crías él nos da, más leche rinde;
Y en competencia igual, como rebose
Henchido el cantarillo de alba espuma,
Así exprimidas las lecheras ubres
Crecen, y esfuerzan sus alegres chorros.
¿Y cuánto no reportan los pastores

Que esquilan a los chivos africanos
La blanca barba y el cerdoso pelo,
Que al soldado en campaña
Dan y al mísero nauta útiles ropas?
Gusta la cabra de las selvas, ama
Las cimas del Liceo, y busca y pace
Las zarzas espinosas, los arbustos
Que a fragosos lugares se aficionan.
Memoriosa y de grado
Ella al redil con sus cabritos vuelve,
Tan hinchadas las ubres
Que apenas el umbral, llegando, salta.
Solícito, amoroso, por lo mismo
Que tan poco demanda a tus desvelos,
Tú de alejarla cuida
De aires glaciales y ateridos hielos;
Y dale pasto siempre, en hierba, en rama;
Nunca en hibierno tu pajar le cierres.
Mas luego que el verano alegre asoma
En alas de las brisas de occidente
Y a cabras como a ovejas
Por bosque y vega su calor derrama,
Con el albor del matinal lucero
No dudemos salir al campo frío
Mientras puro está el aire y cano el prado,
Y sabroso al ganado
La hierba empapa fúlgido rocío.
Andando el día, cuando la hora cuarta
La sed enciende acumulando ardores,
Y cigarras fatigan importunas
Con penetrante canto los viñedos,
Entonces a los pozos
Tu grey lleva a beber, o a hondos estanques
Donde las aguas abundosas guste
Que por canales de madera corren.
En el lleno calor del mediodía
Busca algún valle umbroso

Donde alargue tal vez robusta encina
Sus grandes ramas desde el tronco añoso
(Arbol a Jove consagrado), u donde
Floresta oscura de carrascas densas
Envuelta yazga en silenciosa sombra.
Al agua cristalina,
Al pasto regalado
Vuelve a llevar tu grey cuando declina
El sol, cuando sereno refrigera
El héspero los aires, y levanta
Con su róscida luz al bosque mustio
La luna, y el alción por la ribera
Y el colorín entre jarales canta.

¿Qué diré de los líbicos pastores?
¿Sus inmensas dehesas
Cantaré, y sus portátiles cabañas
Acá y allá visibles sobre el llano?
Todo el día, la noche, un mes arreo
Pace a las veces su ganado errante
Sin hallar de camino hospicio alguno;
Tan vasta soledad se abre delante!
Todo, todo consigo
Lleva el nómade andante ganadero:
Vivienda, y lares, y armas, y el famoso
Perro espartano y la cretense aljaba.
Así también el campeón romano
Las armas que la patria le confía
En sus hombros sustenta;
Marcha veloz bajo el glorioso peso,
Y sobre el enemigo inadvertido
Plantando sus reales se presenta.

En las regiones donde el scita mora,
Donde extiende sus aguas
La laguna Meótides, do el Istro
Túrbido vuelca sus arenas rojas,
Y el giro revolviendo de sus sierras

Ródope avanza bajo el polo mismo,
¡Qué diversas costumbres! Los ganados
En establos cerrados
Allí pasan la vida; que por siempre
Niega hierbas el campo, el árbol hojas.
Con montones de nieve y alto hielo
Informe yace el suelo,
Que siete codos su nivel levanta
En horizonte dilatado. Eterno
Allí reina el hibierno,
Y eternamente derramando frío
Soplan los cauros. Nunca el sol disipa
Allí la niebla y macilentas brumas,
Ni cuando a lo alto del excelso cielo
Llega de sus bridones conducido,
Ni cuando al mar que con su lumbre dora
Su fugitivo carro precipita:
Nunca! En el seno del corriente río
Improvisados témpanos se cuajan;
Consolidada siente
Ferradas ruedas deslizarse encima
Onda que enantes hospedara popas
Y ahora a pesados carros da camino.
Hasta los vasos de metal se rajan,
Recias se paran las vestidas ropas,
El congelado vino
Con hacha se divide, en masas duras
Las extendidas aguas se convierten,
Y de ásperos carámbanos se eriza
La descompuesta barba al caminante.
No cesa en tanto de nevar el cielo:
Perecen los ganados;
Entre cimas de hielo
Yacen bueyes enormes derribados;
Y de las nieves al caer continuo,
Ejércitos sucumben de venados,
Cuyas astas apenas

Las puntas sacan a anunciar su ruina.
¿Qué al cazador los aguijados perros,
Qué las redes importan,
Ni las cuerdas de plumas carmesíes
Para oprimir los ciervos fatigados?
Acósalos de cerca, mientras luchan
Por vencer con el pecho helados montes;
Con chuzos los embiste
La animosa partida, y, rebramando,
Los mata, y con clamores de alegría
Muertos los lleva a sus profundas grutas.
Allí, bajo la tierra, en ocio libre,
Alimentan el fuego aquellas gentes
Con añosas encinas
Y olmos enteros que a la hoguera arrastran:
Pasan en juegos las nocturnas horas,
Y con licor de fermentados granos,
O ya de ácidas serbas,
Ledas suplantan de la vid los dones.
Del septentrión en los boreales climas
Así viven los hombres
En su salvaje independencia: el euro
Crudo azota sus rostros, y a los cuerpos
Bermejas pieles de animales visten.

Si a la lana dedicas tu cuidado,
De tierras montuosas
Aleja desde luego tu ganado,
Y lampazos evita, evita abrojos;
Huye también de exuberantes pastos,
Y selecciona siempre
Blancas ovejas de vellón suave.
Morueco, aunque nevado, como tenga
Bajo la húmida lengua negras manchas,
Repúdiale, no avenga
Que en la piel reaparezcan de la cría,
Y otro con vista indagadora escoge
En el henchido campo. Así algun día

Pan, dios de Arcadia, te sedujo, luna,
Llamándote a altos bosques disfrazado,
Si la fama no miente,
Y (oh cándido vellón de alta fortuna!)
Diz que fuiste al pastor condescediente.

El que la leche sobre todo estime,
Cítiso a los apriscos lleve a mano
Y de loto fragante larga copia,
Y hierbas que con sal rociado hubiere;
Que la pasión del agua así se aumenta,
Y las lecheras ubres se dilatan
Con el beber, y de la sal ofrecen
Escondido el sabor en sus raudales.
Muchos hay que destetan los cabritos
Cuidando guarnecer el labio tierno
Con ferrados bozales
Que los aparten del favor materno.
Leche exprimida al clarear la aurora
O en las horas del día,
Compáctanla de noche los pastores:
Leche ordeñada por la tarde, o cuando
Se oculta el sol, en fáciles vasijas
Llévanla a las vecinas poblaciones
La mañana siguiente, o la conservan
Esparcida de sal para el hibierno.

Ni a los útiles canes
En tu cariño des lugar postrero.
Nutre, a par de la grey, al espartano
Lebrel veloce y al mastín moloso
Con suculento suero.
Con tan buenos guardianes
En tus establos, al ladrón nocturno
No temerás, ni la incursión del lobo,
Ni a tus espaldas al insomne ibero.
Con perros, si te place,
Los tímidos onagros a carrera

Te es dado perseguir; con perros puedes
Liebres cazar y fugitivos gamos;
O bien con sus ladridos
Harás salir al jabalí espumante
De agreste madriguera;
O ya clamando por los altos montes,
A algún ciervo arrogante
Aventarás a do la red le espera.

Ni descuides quemar en tus establos
El oloroso cedro,
Y con vapor de gálbano destierra
Los fétidos quelidros. Muchas veces
En los pesebres, cuando están inmundos,
La víbora, temible a quien la toca,
Reñida con la luz, oculta yace;
Y muchas veces la culebra, peste
Funesta de las reses, bien hallada
A vivir bajo techo y a la sombra,
Y el hato a inficionar con su veneno,
De las majadas en el suelo anida.
Vista, pastor, acude;
Ea! coge una piedra, coge un palo;
No así la dejes con amago ardiente
Hinchar soberbia el sibilante cuello;
Hiere, hiérela! Ves? Huye; en la tierra
Ya la cobarde frente honda sepulta;
Mientras los intermedios eslabones
Y de la cola las postreras piezas
Desátanse a lo largo, y arrastrando
Sus vueltas lenta da la última rosca.
En las selvas abunda de Calabria
Maléfica serpiente
Que el pecho relevando, el lomo arrolla,
El escamoso lomo, y luengo trae
Con grandes pintas maculado el vientre.
En tanto que las fuentes de los montes
Brotando corren a ensanchar los ríos,

Y húmida primavera, austros pluviosos
El seno reblandecen de la tierra,
Ella, de aguas dormidas cortesana
Y de frescas riberas moradora,
Allí vive, y devora
El pez bullente y la parlera rana,
Festín perpetuo a su implacable gula.
Mas así que el calor, el suelo abriendo,
Insano agosta los amigos lagos,
A los áridos campos sale fiera,
Los inflamados ojos revolviendo,
Amenazando estragos,
Con la sed y el ardor que la exaspera.
No a tales horas bajo cielo abierto
Mi frente halague con sus mudas alas
Sueño engañoso en apacible loma,
Cuando depone las deshechas galas
Y en juventud radiante el monstruo asoma,
Dejado habiendo en su cubierta estanza
Los huevos o la cría;
Yergue el pecho, y al sol, que incendios lanza,
Con la trisulca lengua desafía.

También de las dolencias
Que afligen a los míseros ganados
Enseñaré las causas y señales.
Grosera sarna abruma
A las ovejas, si la lluvia fría
Más que suele, las cala hasta lo vivo,
Y de albas nieves erizada bruma;
O si el sudor, apenas esquiladas,
No lavado se adhiere,
O punzante zarzal sus carnes hiere.
Entonces los prudentes mayorales
Llevan todo el ganado a do le cubran
Las aguas dulces de agradable río;
Aguijado se interna, y blandamente
Con húmedos vellones sobrenada

El carnero a merced de la corriente.
O bien, cocido el alpechín amargo,
Ungen con ello las mondadas pieles
Mezclando argéntea espuma, azufre vivo,
Pez rala y buena como brota en Ida,
Rica cera, aceitosa,
Y el enérgico eléboro, y marino
Bulbo, y negro betún. Modo es empero
De curar, entre todos expedito,
Cortar con hierro de la llaga el borde;
Mientras mano eficaz no pone en ella,
Y tímido el pastor se está sentado
Rogando al cielo que salud envíe,
Oculto vive el mal, oculto crece.
Mas si la enfermedad embravecida
Tenaz el centro de los huesos roe
Y los miembros consume árida fiebre,
Los internos ardores
Aprovecha arrojar, la vena hiriendo
Que a par de la pezuña hinchada asoma;
Cual suelen los bisaltas, y el terrible
Gelono, cuando al ródope remoto
O a los desiertos de los getas vuela,
Que leche densa y sangre de caballo
Mezcla en un vaso y con placer le apura.

Cuando vieres alguna
Hija de tu rebaño que a menudo
A las amigas sombras se guarece;
Si floja va las hierbas despuntando
Y zaguera camina;
O si en medio del campo se reclina
Mientras pace, y después que el sol fallece
Tarde cede a la noche, y triste y sola,
Al punto corta el mal, córtale a hierro,
Antes que a la manada inadvertido
Toque el contagio y pavoroso cunda.
No tan densos, presagos

De tempestad y estragos,
Turbiones sobre el campo se desatan,
Como plagas acuden
El ganado a oprimir. No a estas o aquellas
Cabezas arrebatan:
De la grey la esperanza y la grey misma
Sucumbe al peso, y el linaje todo
Desparece, y de sí no deja huellas.
Mire esto por sus ojos el que vaya
La faz a ver de los aéreos Alpes,
Los nóricos riscosos torreones,
O la campaña que el Timavo riega:
Reinos que fueron en antiguos días
De opulentos pastores, hoy regiones
En larga y ancha dirección vacías!

Allí nació una vez del aire impuro
Morboso temporal, embravecido
Con los calores de alterado otoño,
Que a mansos y a feroces animales
Condenó a perecer, y con su aliento
Las aguas corrompió, vició los pastos.
Ni muerte fue de trámites sencillos:
Las venas abrasando sed fogosa
Los miserables miembros contraía;
Luego líquido humor se dilataba
Disolviendo a su vez los huesos todos
De la cruel enfermedad gastados.
¡Cuántas veces en medio al sacrificio
En honor de los dioses,
Mientras ceremoniosos los ministros
Con blancas cintas la ínfula de lana
En atar se tardaban, moribunda
La víctima cayó! ¡Cuántas, si trajo
Alguna el sacerdote, antes ya herida,
Ni sus entrañas recibiendo el ara
Con ellas se inflamó, ni consultado
Osó respuestas dar el adivino;

Que apenas se teñía
La aplicada cuchilla, y sangre impura
Manchaba escasa la sedienta arena!
Así en medio de pastos abundosos
Morían los becerros, y exhalaban
Junto a henchido pajar las dulces vidas.
Al cariñoso perro rabia fiera
Sobrevino también; tos anhelosa
Tremer hacía a contagiados cerdos
Y sus hinchadas fauces oprimía.
Y el corcel victorioso,
Ya de sus nobles juegos olvidado
Y del herboso prado,
De las líquidas fuentes huye triste
Y con inquieto pie la tierra escarba:
Inclina las orejas; por su cuerpo
Mana extraño sudor, que anuncia frío
Su inevitable fin; y a quien la toca,
Toda híspida la piel párase y dura.
Tales eran de muerte los presagios
En los primeros días;
Mas si el mal avanzado se encrudece,
Ya los ojos les arden, y acezando
Con hondo aliento entre sollozos grave,
Los ijares dilatan; sangre negra
Brota de la nariz, y la garganta
Obstruye, atada allí, la áspera lengua.
En un cuerno a beber dábanles vino,
Y a los principios reputaron esto
Por único remedio a la epidemia;
Mas pronto infausta fue la medicina,
Que, el vigor que bebiendo recobraban
Los afligidos brutos
Mostrándose furor, sus propios miembros
Ya en brazos de la muerte, entre sus ansias,
Despedazaban con agudos dientes.
¡Libre Dios a los buenos de mal tanto,

Y a odiosos enemigos lo reserve!
He aquí ya el toro al peso del arado
Humeante sucumbe, y por la boca
Sangrienta espuma despidiendo, brama,
Y por última vez. Mustio el labriego
Al novillo desunce que doliente
A su caído hermano sobrevive;
Desúncelo, y la reja
En medio del trabajo hincada deja.
Ah! ni la sombra de los altos bosques,
Ni de los prados la vestida grama,
Ni el río que entre peñas salta al valle
Y puro como el ámbar se derrama,
Al mísero darán paz ni consuelo:
Sus miembros desfallecen,
Sus ojos se entorpecen,
La pesada cerviz desmaya al suelo.
Tristes! ¿Y qué les valen
Tantos servicios y trabajos tantos?
¿Qué, haber revuelto el seno de la tierra?
Cierto que ni de Baco ricos dones
Ni opíparos banquetes dar pudieron
Causa justa a su daño. Hojas y hierbas
Fueron su mesa, siempre igual; sus copas
Los cristalinos pozos, y su néctar
El agua fue de los corrientes ríos;
Y enojoso cuidado
Nunca alteró sus apacibles sueños.

En aquella región y en esos días,
Que no se hallaron cuentan
Blancas novillas en honor de Juno,
Y viose al templo el carro de la diosa
Por desiguales búfalos tirado.

Mal grado, en fin, los labradores mismos
La dura tierra con el rastro abrían
En vez de reja; con las propias uñas

Enterraban el grano, y por los montes,
La cerviz esforzando,
Chilladoras carretas arrastraban.
Ya cerca del redil no ensaya el lobo
Sus conatos de robo,
Ni de noche a las reses sigue el rastro;
Más urgente cuidado le atosiga.
Junto a los techos con los canes vagan
Tímidos gamos y veloces ciervos;
Y ya cuantos nadantes moradores
En sí la inmensidad del mar sustenta,
Como náufragos cuerpos a la orilla
La onda los echa; a otro elemento usadas
Por los ríos subiendo huyen las focas.
En sus enmarañados escondrijos
En vano guarecida,
También muere la víbora, y pasmada
Con rígidas escamas, la hidra fiera.
Ni a las aves el aire fue propicio;
Que en medio desplomadas de su vuelo,
La vida dejan en las altas nubes.
Y ya en vano es mudar de pastos; causan
Exquisitos remedios daño nuevo.
Nada alcanzan los sabios:
Retírase Quirón el de Filira,
Melampo Amitaonio se retira;
Ante el mal invasor vana es la ciencia.
Pálida de los reinos infernales
Tisífone envïada
Aparécese en tanto; su llegada
Miedo y enfermedades van nunciando,
Y su hórrida cabeza ella creciendo
Más y más cada vez yergue insaciable.
Con el balar de moribundas greyes
Y el continuo mugir de los ganados,
Los tendidos collados
Retumban, y las áridas riberas.

Ya en colectivo estrago, ciento a ciento,
En los mismos establos la impia furia
Corrompidos cadáveres hacina,
Hasta que a abrirles fosas y a enterrarlos,
Por fuerza al fin enséñanse los hombres;
Que ni era dado aprovechar las pieles,
Ni en aguas vivas ni a poder de fuego
Desinfectar las carnes. Ni siquiera
Los enfermizos sórdidos añinos
Posible era esquilar, ni ya tejidas
Tales lanas usar sin deshacerlas.
Qué digo? si ceñirse
Tan odioso vestido ensayó alguno,
De pústulas ardientes se cubría,
Y de inmundo sudor, fétido el cuerpo,
Y a poco descuidarse, fuego sacro
Los infestados miembros devoraba.

LIBRO CUARTO

De la miel celestial el don divino
Ya me cumple cantar. Noble Mecenas,
A esta parte también tus ojos vuelve,
Y, en pequeño, espectáculos grandiosos
Gozarán: los magnánimos caudillos,
Las leyes y costumbres voy, por orden,
De un pueblo entero a describir, sus tribus
Y sus batallas, en el canto mío.
Pequeño asunto, sí; mas no pequeña
De trabajar en él será la gloria,
Si númenes adversos no lo impiden
E invocado al cantor atiende Apolo.

El asiento, ante todo, y la morada
Que a las abejas oficioso elijas,
Al abrigo de vientos
Estén, que con sus soplos importunos
Acarrear impiden materiales;
Allí donde ni ovejas ni traviesos
Cabritos a las flores hagan daño;
Allí do la becerra
Que por el campo yerra,
No sacuda el prolífico rocío,
Nacientes hierbas con el pie tronchando.
De la miel y sus ricos almacenes
Lejos demore el de escabrosa espalda
Dibujado lagarto; lejos anden
El impio abejaruco, y los dañinos
Pájaros sus cognados: sobre todo
Procne fugaz, la que manchado ostenta
El pecho con la sangre de sus manos;
Que ellos en largo espacio a la redonda
Hacen tala implacable, y de revuelo
Se llevan en el pico a las abejas,

Sabrosas presas a inclementes nidos.
Haya, eso sí, líquidas fuentes; haya
Remansos con tapiz de verde musgo,
Y un arroyuelo puro
Corra ledo y sutil entre la grama;
Y alguna palma o acebuche ingente
Del colmenar la frente
Con la sombra proteja de su rama,
Porque, llegando la estación propicia,
Cuando a nuevos enjambres nuevos reyes
Guían, y fuera del panal nativo
Ociosa gira la novel colonia,
Haya allí junto una ribera umbría
Que del calor a descansar les llame,
Y un árbol que, saliéndoles al paso,
Con frondoso hospedaje los detenga.

En medio al agua, ora apacible duerma,
Ora inquieta circule, atravesados
Leños de sauce pon y piedras grandes,
Do puedan fatigadas las abejas
Como en continuos puentes
Parar el vuelo, u a orear aborden
Al sol estivo las abiertas alas,
Si con soplo importuno
El euro las dispersa rezagadas
O en los senos las hunde de Neptuno.
Verde romero y sérpol oloroso
En torno abunden, y fragancia esparza
Floreciente ajedrea,
Y de sedientas violas el plantío
De larga fuente humedecer se vea.

Ora las formes de enhuecados corchos,
Ora las tejas de flexibles mimbres,
No tengan tus colmenas
Sino angostas entradas; que en hibierno
La miel aprieta penetrante frío,

Y a su vez la derriten los calores:
Grave daño uno y otro a las abejas;
Las cuales en sus casas a porfía
No en vano con su goma resinosa
Tapan las grietas que entreabrirse miran,
Y con zumo de líquenes y flores
Cubren los bordes, y al intento mismo
Glutinosa materia depositan,
Más que la liga densa,
Más tenaz que la pez en Ida brota.
Y también (si verdad la fama dice)
Muchas veces en hoyos so la tierra
Cavaron las abejas sus hogares,
Y húbolas que se hallasen encovadas
En hueca peña o carcomida encina.
No por eso les niegues
Tu auxilio, antes con fino barro en torno
Los porosos cubiles baña y frota,
Y breve y rara hoja extiende encima.
Ni en los alrededores
De la poblada estancia tejos sufras,
Ni dejes a la lumbre
Cocer rojos cangrejos, ni te fíes
De honda laguna, ni de aquellos sitios
Do el cieno exhala fétidos vapores,
O donde heridos los peñascos huecos
Las vibraciones de la voz repiten,
Y los ecos suceden a los ecos.

Así que ya derriba
Bajo el polo al hibierno el sol dorado,
Y con blando esplendor despeja el cielo,
La abeja acude al punto a monte y prado,
El cáliz de las gayas flores liba,
Y el curso de las aguas en su vuelo
Rasando va, cual ellas fugitiva:
De aquí la misteriosa
Dulzura con que a prole y nido entonces

Da favor y calor; de aquí los medios
Con que ella nueva cera y firmes mieles,
Maravilloso artífice, fabrica.
Cuando saliendo ya de la colmena
Lanzarse vieres a la etérea altura
El ejército alado,
Y en piélagos nadar de luz serena,
Y a merced de los vientos confiado
A manera venir de nube oscura,
Mira, mírale atento;
Siempre aguas dulces y frondosas copas
Las volantes abejas solicitan.
Tú en torno esparce del presunto asiento
Los perfumes que enseña la experiencia,
Majado toronjil, vulgar cerinto;
Y, música a Cibeles favorita,
Tímpanos suena, címbalos agita.
Al hojoso recinto
Que con tales aliños les adobas,
A sepultarse ellas vendrán de grado,
Cual suelen, en las íntimas alcobas.

Mas si salen de guerra . . . Muchas veces
Entre dos reyes disensión ruidosa
Nace, y fiero tumulto; y ya a distancia
El alboroto popular, y aquellos
Pechos que laten en afán de lucha,
Es dado presumir; que bien se escucha
Marcial clangor que al más moroso excita,
Y siéntese la voz que a las trompetas
La fragorosa resonancia imita:
Ordénanse animosas,
Tersan la pluma, el aguijón afilan
Y aperciben el brazo a la batalla;
A par del rey, cabe la regia tienda,
En densos escuadrones se colocan,
Y con gran clamoreo
Al enemigo ejército provocan.

Luego, pues, que de hermosa primavera
Gozar consiguen, y de abiertos campos,
Las puertas dejan y la lid se traba:
Con el alto rumor los aires zumban,
Y revueltas en gruesos pelotones
A tierra ciento a ciento se derrumban.
No más denso el granizo cae, ni tantas
Bellotas llueve sacudida encina.
Con grandes almas en pequeños cuerpos
Ambos jefes discurren por las haces,
Y, desplegadas las insignes alas,
En no ceder se empeñan
Hasta que a estos tal vez, tal vez a aquellos
A dar la espalda el vencedor obligue.
Tan grandes guerras, tan tremendas iras
Acaban en un punto
Si un puñado de polvo al aire tiras.

Como hayas de la liza
A entrambos generales separado,
Condena a muerte al que inferior parezca,
Porque ocioso no estorbe; el más castizo
El reino abandonado ocupe solo.
El mejor de los dos (pues hay dos clases)
Luciente de oro y con realzadas manchas,
Señálase también por su figura,
Y escamas rutilantes le hermosean:
Flojo aquel otro, en la inacción raído,
Trae inglorioso un dilatado vientre.
Así como los reyes son sus pueblos,
De dos clases también: hállanse abejas
Astrosas, al viajero semejantes
Que envuelto en polvoroso torbellino
Llega, y con seca boca tierra escupe
Sediento; y otras hay resplandecientes,
De ardor bañadas, revestidas de oro,
Y de pintas iguales salpicadas.
Son estas las mejores:

Estas, llegando la sazón precisa,
A coger te darán sus dulces mieles,
Mieles no dulces solo,
Mas también puras y a templar llamadas
El áspero sabor al don de Baco.

Cuando repares que en dudoso vuelo
Enjambres se solazan por el cielo
Que poniendo en desprecio sus panales
Su hogar dejaron solitario y frío,
Sus veleidosos ánimos separa
De tan vano solaz; ni a mucha costa
Lograrás separallos
Como arranques las alas a los reyes;
Que cuando ellos reposan, no hay vasallos
Que osen viajar por la región del viento
Ni enseñas arrancar del campamento.
Los convide a su seno un delicioso
Fragante huerto de pintadas flores,
Que Priapo, aquel dios del Helesponto,
A pájaros medroso y a ladrones,
Señoree empuñando su hoz de leño.
El guardián señalado a estos dominios,
Tomillo y pinos de los montes altos
Traslade él propio, y en el duro empeño
Las manos encallezca;
Cada ferace planta él mismo ponga,
Y con lluvia amorosa la humedezca.

Yo, si próximo al fin de la faena
No fuese velas recogiendo ahora,
Y fatigado a la vecina arena
No desease ya arrimar la prora,
Quizá el arte diría
Que opulentos jardines hermosea:
De Pesto los rosales cantaría
Que cada un año no una vez florecen:
La endibia, que en las aguas se recrea

Del arroyo sedienta; del arroyo
Las márgenes, que de apio reverdecen;
El melón tortuoso que serpea
En la hierba, y en orbes se dilata;
Ni al narciso tampoco, de tardía
Cabellera, en mi canto callaría;
Ni las varillas del flexible acanto,
Ni las hiedras blanquizcas, ni los mirtos
Que a las riberas se aficionan tanto.
Bajo las altas torres de Tarento,
En donde rubio y espigoso llano
Galeso cavernoso baña lento,
Haber visto recuerdo a un buen anciano.
Era Coricio el tal: pocas yugadas
De un campo cultivaba antes baldío,
Ni conveniente a la labor de arado,
Ni propicio al ganado,
Ni oportuno de vides al plantío.
Allí, con todo, entre espinosos setos
Ordenaba hortalizas en la era,
Y verbenas en torno cultivaba,
Y el blanco lirio y suave adormidera.
El de noche a sus rústicos hogares
Tornando, con manjares
No comprados su mesa aderezaba;
Y en riquezas, ufano de las suyas,
Emulo de los reyes se ostentaba.
El la rosa primera
Segaba en primavera;
Él en otoño la primera fruta;
Y cuando daba el aterido hibierno
Peso de nieve a las robustas rocas
Y de hielo prisiones a los ríos,
El ya, de flores al jacinto tierno
Desnudando, en sus triunfos al verano
Llamaba, y a los céfiros tardíos.
El, pues, era el primero

En ver multiplicarse sus abejas
En precoces enjambres; el primero
En coger de panales quebrantados
Miel espumosa, y él quien más en tilos
Y muníficos pinos abundaba;
Y cuantas frutas en vestidas flores
Cada árbol fértil suyo prometiese,
Tantas daba maduras en otoño.
Adultos olmos y el peral ya firme
Y ornado de ciruelas el espino
El trasplantaba en ordenadas calles,
Y el plátano, ya a punto
De dar a bebedores su ancha sombra.
Mas el límite impuesto a mi carrera
Respetaré, y el delibado asunto
Dejo al que, en pos de mí, cantarle quiera.

Ea: aquellos sociables
Instintos ya diré que a las abejas
Jove mismo infundió, y ellas llevaron
En galardón, porque volado habiendo
En pos de los curetes, atraídas
De sus sonoros címbalos, criaron
En la cueva dictea al rey del cielo.
Solas ellas habitan como hermanas
Estrechas casas, y comunes hijos
Educan, y de leyes se gobiernan
Perpetuas y admirables; y ellas solas
Patria conocen y penates fijos.
Próvidas venidero hibierno otean
Y en estivos trabajos se ejercitan,
Y cuantas provisiones acarrean
En comunal acervo depositan.
Mirar por el sustento deben unas,
Y por pactado acuerdo
En la campiña vagarosas labran;
Otras en lo interior de sus mansiones
Lágrimas ponen que Narciso llora,

Y de cortezas pegajoso gluten,
Por primer fundamento a sus panales;
Y la cera tenaz suspenden luego.
Otras nuevos enjambres acaudillan
Que de la casta la esperanza encierran;
Otras apuran suave miel, y al cabo
Líquido néctar las celdillas colma.
Las hay también a quienes toca en suerte
La guarda de las puertas, y por turnos,
Augures de la lluvia, contemplando
Se están las nubes y el mudable cielo.
Y o bien salen de paz, la carga ajena
A recibir ufanas, o en batalla
Cierran, y del castillo
Los zánganos arrojan, vil canalla;
Toda en tanto es calor la útil faena,
Y la aromosa miel huele a tomillo.
Y así como de masas maleables
Forjan rayos los cíclopes desnudos:
No hay tregua: cuáles de ellos dan tormento
Al fuelle soplador de piel taurina,
Aire absorbiendo y arrojando; cuáles
Zabullen en el agua convecina
Con estridor fogoso los metales;
Con los heridos yunques Etna gime;
Ellos con fuerza el brazo alzando, iguales
Alternos golpes dan; tenaza emplean
Mordaz, y el hierro sin cesar voltean:
Así también (si comparar es dado
Con una cosa grande otra pequeña)
Mueve a los doctos áticos insectos
Nativo anhelo de adquirir, que empeña
A cada uno en su oficio. La custodia
De la ciudad, y el guarnecer panales
Y el fabricar artificiosos techos
A las ancianas de la tribu toca:
Las abejas más jóvenes en tanto

Vuelven, ya muy de noche, a sus moradas,
Las alas fatigadas,
Llenos los pies de néctares y aromas.
Madroño y casia en su volar ligero
Girando pacen, el jugoso tilo,
El purpúreo zafrán, el sauce cano,
Los cárdenos jacintos y el romero.
Es para todas ellas
Uno el descanso y el trabajo es uno:
Con el albor primero matutino
Las puertas dejan; no hay tardanza; y cuando
De la tarde el lucero
Que del pasto descansen les intima,
El vuelo tornan a los patrios techos
Concordes, y sus cuerpos refocilan:
En torno al colmenar primero oscilan
Zumbando, y a las puertas se arrebozan;
Mas luego acomodándose en sus lechos
Hacen silencio, y dan los cuerpos lasos
A aquel cierto sopor de que ellas gozan.
Cuando lluvias amagan, no se atreven
A alongarse; y del cielo,
Si los euros asoman, desconfían,
Y las alas no explayan;
Mas al pie se guarecen de sus muros,
Y allí seguras beben,
Y breves excursiones solo ensayan.
También toman a veces pedrezuelas,
Como lastre el bajel que la onda azota,
Y entre nieblas, con ellas, por el cielo
Equilibran el vuelo.
¿Y a quién admiración no dan aquellas
Castas costumbres? No el amor les place;
Jamás se dieron a enervante enlace,
Ni conocen del parto los dolores;
Mas ellas sus hijuelos con la boca
En hierbas delicadas

Y en los pétalos toman de las flores;
Y así rey y quirites pequeñuelos
Renovar les es dado, y sus moradas
Y su ciudad reconstruír de cera.
Las leves alas contra dura roca
Rompe a las veces una audaz viajera,
Y al peso de la carga ya rendida
Da gustosa la vida;
Que tanto de las flores el cariño
En ellas puede, y tanto
De fabricar su miel la dulce gloria!
Es su existencia breve,
Siete veranos a lo sumo alcanza;
Mas su linaje permanece eterno:
En dilatados años persevera
La gloria del solar, y la familia
Por abuelos de abuelos se numera.
No Egipto, no las párticas regiones,
No el medo Hidaspes, no la ingente Lidia,
Como ellas a sus reyes tanto acatan:
Todo es paz, vivo el rey, todo concordia;
Faltando el rey, ellas sus pactos rompen,
La acumulada miel meten a saco,
Y las tejidas tiendas desbaratan.
El monarca dirige los trabajos:
El es reverenciado; de él en torno
Los súbditos se agrupan
En densas filas con rumor confuso;
Y alzándole en sus hombros muchas veces
Por él ponen el pecho a adversos tiros
Y honrosa muerte entre los golpes buscan.

Muchos, tales acciones contemplando,
Que una porción de espíritu divino
Reside en las abejas indujeron,
Bien como efluvios de la etérea esencia;
Pues Dios, arguyen, lo penetra todo,
Tierras, y mares, y el profundo cielo;

Y de él hombres y brutos
Y cuantas fieras por los montes vagan
Reciben, al nacer, la tenue vida;
Y a él las cosas en fin se restituyen
Cuando en sus primitivos elementos
Se descomponen; y lugar no queda
A la aniquilación; antes vivientes
Vuelan las almas a tornarse en astros
Y en el fondo del cielo se colocan.

Cuando angostos depósitos abriendo
A sacar te apercibas
La atesorada miel de tus colmenas,
Rociándote primero
Con agua, agua en la boca vuelve, y lleva
En la mano delante humos hostiles.
Dos veces en el año
Hay sazonada miel, y dos los tiempos
Son de hacer su cosecha: cuando asoma
La pléyada Taigete su faz pura
Y con pie desdeñoso el seno hiere
Del líquido oceano; y cuando, huyendo
De la constelación del Pece acuoso,
Del cielo, triste ninfa,
Cae ella a hundirse en hibernales ondas.
Ofendidas, en cólera se encienden
Fiera; en las mordeduras inoculan
Veneno, y aferrándose a las carnes
Clavados dejan invisibles dardos;
Y así el arma y la vida
Pierden furiosas en la misma herida.
Mas si tú, previsor y compasivo,
Auguras temeroso un recio hibierno,
Y a ti y a ellas mirando, te condueles
De su futuro miserable estado
Que tristeza será todo y ruïna,
No por eso te arredres
De sahumar con tomillo sus mansiones

Y cercenarles la superflua cera.
Así favor les das; que a los panales
Calar suele el lagarto escurridizo,
Y en densa muchedumbre
Medrosas de la luz las cucarachas;
Y el zángano holgazán, que el pasto ajeno
Gasta, mientras el tábano esforzado
Combates da con superiores armas;
También, perversa casta, las polillas
Hacen a sordas pavoroso estrago;
Y vista fue mil veces ya la astuta
Araña, de Minerva aborrecida,
A las puertas colgar sus flojas redes.
Más laboriosas mientras más les falte,
En reparar se empeñan las abejas
De su afligido pueblo las ruinas,
Y a henchir sus aposentos se apresuran
Y sus paneras a tejer de flores.

Que si en triste dolencia desfallecen,—
Pues las mismas miserias que a nosotros,
A los insectos, por haber nacido,
Afligen—, ni los signos son dudosos
Que en las abejas el contagio anuncian:
Múdase luego la color; en ellas
Hórrido vese y macilento aspecto;
Sacando a las difuntas del recinto,
En triste funeral las acompañan:
Unas, pendientes al umbral, se miran
Enredadas de pies; otras adentro
Se esconden, con el hambre acobardadas,
Y entumecidas del rigor del frío.
Hueco y cascado son, largo susurro
Forman, a la manera
Que solloza en las selvas austro helado,
O como el mar con refluyentes ondas
Agitado se queja, o como gime
Hirviendo el fuego en los cerrados hornos:

Tú, pues, en casos tales
Las colmenas con gálbano sahuma,
Y miel en canalejas
De caña introduciendo a las dolientes,
Con cariñosa voz, con ruego instante
Al conocido pasto las convida.
Y es bien que con la miel el zumo mezcles
De majadas agallas, rosas secas,
Mosto mermado asaz a fuego lento,
Y de la psitia vid pasos racimos,
Y tomillo salsero, y la centáurea
Rica en vivos olores. En los prados
Hay también una flor a quien de *amelo*
La agricultora gente impuso el nombre:
Planta es que a quien la busca obvia se brinda,
Pues tallos brota de una sola cepa
En profusa abundancia; de oro el disco
Tiene, mas en los pétalos que en torno
En larga copia esparce,
A vueltas del negror de la viola
El brillo de la púrpura reluce:
En festones tejida ella a menudo
Dio a los sacros altares ornamento:
Ingrato es su sabor: cogerla suelen
En afeitados valles los pastores
Mientras guían su grey, y en las orillas
Corvas abunda del humilde Mela.
Tú en vino generoso sus raíces
Cuece, y de ello colmados canastillos
Cual pasto salutífero a las puertas
De la familia mísera coloca.

Quien viere que de súbito se extinguen
Sus enjambres, y estirpe no le queda
Que el linaje restaure, oiga y admire
Del mayoral de Arcadia
La invención memorable; oiga los medios
Por donde tantas veces

Abejas dio la corrompida sangre
De una inmolada res. Desde un principio
La historia, cual la fama la susurra,
Enseñaré en mi canto. Allá en comarcas
Do la felice gente de Canopo
(Ciudad de origen macedón) cultiva
Campos que cubre derramado el Nilo,
Y en torno de sus predios
El remo boga en pintorescas barcas;
Allá donde zozobras los confines
Causan de la flechera Persia, y donde
Al verde Egipto con su limo negro
Fertiliza, y brotando
En siete brazos se divide el río
Que entre los prietos etiopes nace,
Toda aquella región, que abejas cría,
Ha cifrado en esta arte su esperanza.

Pequeño, y al intento acomodado,
Lugar eligen: a tinglado angosto
Y tabiques estrechos le reducen:
Cuatro ventanas a los cuatro vientos
En ellos abren, que del sol reciban
En rayo oblicuo claridad menguada.
Entonces un novillo
Traen en cuya frente de dos años
Ya el asta asome y ya a encorvarse empiece.
Tápanle ambas narices, y el aliento
Ahóganle en la boca a viva fuerza;
Le oprimen; carne y huesos todo junto
Sin llagarle la piel muélenle a golpes,
Y en la cerrada cámara le dejan
Tendido en lecho de cortadas ramas,
Frescas ramas de casia y de tomillo.
Tal hacen cuando céfiros tempranos
Comienzan a rizar las ondas, antes
Que de nuevos matices se arrebolen
Los prados; antes que a los techos cuelgue

Parlera golondrina el dulce nido.
Fermenta en tanto en los deshechos huesos
Cálido humor, y en peregrino modo
Enjámbranse animales, que primero
Faltos de pies, de alas después vestidos,
De zumbadoras alas que en las leves
Auras ensayan más y más, al cabo
Saltan perfectos cual la recia lluvia
Que de las nubes de verano brota,
Cual del nervio pujante las saetas
Que rompiendo la lid lanzan los partos.

¿Cuál dios a los mortales
Esta traza enseñó por vez primera?
¿Cuándo ellos a aplicarla principiaron?
Vosotras lo decid, divinas musas.

El pastor Aristeo
Huyendo, es fama, del herboso valle
Que con sus aguas ilustró Peneo,
Porque a la vez de enfermedad e inedia
Morir a sus abejas visto había,
Del sacro río aquel cabe la fuente
Detúvose doliente,
Y en prolijo lamento así decía:
"Cirene, madre mía,
Tú que en el fondo de estas aguas moras,
¿De la preclara estirpe de los dioses
(Si es, cual cantas, mi padre el timbrio Apolo)
A qué me diste el ser? ¿para que el hado
Me maltratase así? ¿O a dónde es ido
El entrañable amor que me tuviste?
¡Y de inmortalidad al alto asiento
Me mandaste aspirar! Este, este mismo,
Aunque en vida mortal, glorioso estado
Que a fuerza de desvelos y fatigas
Pastor a un tiempo y labrador cobraba,
Hoy mísero le pierdo,

Y tú viéndolo estás y eres mi madre!
Acaba, pues: mis árboles opimos
Ven y descuaja por tu mano; mueve
A mis establos enemigo fuego;
Mis mieses tala, mis sembrados quema,
Implacable segur mete en mis viñas,
Si de un hijo el honor te duele tanto!"
Confusamente el ruido de su llanto
Bajo el profundo tálamo del río,
De sus ninfas servida, oyó la madre.
Ellas a la sazón hilando estaban
De lana tinta en la color del vidrio
Emulos copos del vellón milesio.
Allí Drimo y Filódoce y Ligea
En círculo; allí Janto,
Nesa, Spío, Cimódoce y Talía,
Esparcidos los nítidos cabellos
Por los cándidos cuellos;
Y la rubia Licorias y Cidipe,
Recién probada aquella
En trances de Lucina; esta, doncella:
Allí Clío y Beroe, ambas nacidas
Del océano, y ambas
Ceñidas de oro y matizadas pieles:
Opis, Efire, Deyopeya asiana,
Y Aretusa veloz, que al fin el arco
Depuesto y las saetas,
Rendida a la fatiga reposaba.
Celebra entre ellas la gentil Climene
Las inútiles artes de Vulcano,
Y de Marte el ardid, sus dulces robos;
Y hasta el antiguo caos
Subiendo, los amores de los dioses
En apiñada sucesión cantaba.
A cuyo canto las atentas ninfas,
Mientras desvuelven el mechón suave
Que con los husos tuercen,

Estaban las historias escuchando.
Hiere otra vez el maternal oído
Del pastor el gemido.
Todas en sus mansiones cristalinas
Suspéndense las ninfas, y entre todas
Diligente Aretusa
Por cima de las aguas la cabeza
Alzando, sacudió sus hebras de oro,
Torna a mirar, y desde lejos dice:
"Cirene, hermana mía,
No en vano te asustaron
Tan grandes ecos de dolor: el mismo
Hijo de tus entrañas, Aristeo,
Largo llanto derrama
Cabe el raudal del genitor Peneo,
Y con renombre de cruel te llama".
Nuevo afán, más solícito deseo
Atosiga a la madre, y "Venga, venga!"
Dice; "que de los dioses los umbrales
Le es lícito pisar". Y manda al punto
Que el agua se divida a recibirle
Y sendas abra por do baje al fondo
El ilustre mancebo. Altas las ondas
A manera de cerros se levantan,
Y envuelto en su ancho seno
Le depositan bajo el hondo río.

Ya el huésped a su paso
Atónito contempla de la madre
El palacio y las húmedas regiones,
Las frescas grutas y silbosos bosques,
Y entre espeluncas escondidos lagos.
Oye rumores vagos
De muchas aguas, y los grandes ríos
Ve que debajo de la tierra manan
Con varia dirección: el Lico, el Fasis
Repara, y las cabezas
De do brota profundo el Enipeo,

Y el padre Tibre y los raudales de Anio,
Y entre rocas el Hípanis sonante,
Y el Caíco de Misia; y mira erguirse
En faz de toro y con dorados cuernos
A Erídano, que campos ricos trata
Y bajo el manto de la mar purpúreo
Con desusado arrojo se dilata.

Después que ya Aristeo
Entró bajo los huecos artesones,
En columnas de pómez sustentados,
Materna alcoba, y que sus vanas quejas
Cirene oyó, las plácidas nereides
Aguamanos le ofrecen, y en seguida
Sirven toallas de atusado vello.
Otras cubren las mesas de manjares,
Llenas copas reponen,
Y arden arabio incienso en los altares.
Vuelta al hijo Cirene,
"Alza esta copa de meonio vino,
Y libemos", le dice, "al oceano";
Y al oceano al mismo tiempo invoca
Por padre de las cosas, y a las ninfas
Que cien bosques custodian y cien ríos;
Tres veces ella sobre el sacro fuego
Vuelca el líquido néctar, y tres veces
Vuela al techo la llama entre esplendores.
Con tan felice agüero
Animada la diosa, así comienza:
"En los Carpacios golfos de Neptuno
Mora el sabio Proteo,
Cerúleo vate, en su gentil carroza
Que bípedos caballos semipeces
Uncidos tiran sobre el mar inmenso.
En los puertos holgándose de Emacia
Visita ahora su natal Palene.
Veneración tenémosle las ninfas,
Y el gran padre Nereo

Venérale también; que él lo pasado,
Presente y porvenir, todo lo sabe,
Por obra y recompensa de Neptuno,
Cuyo ganado de disformes focas
En profundos abismos apacienta.
Hasle, hijo, de ceñir con ligaduras,
Porque las causas él de tu desgracia
Revele, y de salud te abra camino;
Que no de otra manera sino atado
Sus enseñanzas a dictar se aviene.
Ni esperes con plegarias reducille:
Fuerza, fuerza has de hacerle, y con prisiones
Cautivo sujetarle, a fuer de malla
En que en balde sus dolos vueltas dando
Primero que romperla ellos se rompan.
Yo misma, cuando en medio de su giro
Ardores vibre el sol (hora en que mueren
De sed las plantas, y la sombra invita
Más sabrosa que nunca a los ganados),
Te llevaré al retrete en que acostumbra
Viniendo de las ondas recogerse
Fatigado el anciano. Allí tendido
Entregarase al sueño, y tú embestirle
Fácilmente podrás. Mas oye atento:
Así como entre manos y en cadena
Cogido ya le tengas, él de monstruos
Mil formas tomará por engañarte;
Mostrarase de pronto a tus miradas
Ya jabalí erizado, ya hosca tigre,
O escamoso dragón, o bien leona
De bermeja cerviz: ora cual fuego
Estallará soltándose, ora en agua
Sutil parecerá que se deshace.
Tú mientras más figuras finja y mude,
Los vínculos tenaces más le aprieta,
Hasta que torne a aquella en que le hallaste
Cuando empezaba del tranquilo sueño
A gustar que sus párpados cubría".

Así dice Cirene,
Y la fragante líquida ambrosía
Vertiendo, el cuerpo todo unge del hijo;
El cual en un instante
De la aliñada cabellera exhala
Suave aroma, y ya su pecho anima
Competente vigor. Hay un cavado
Monte, y del monte a un lado
Profundo un antro, a donde empuja el viento
Gran copia de aguas, que a romperse llegan
Y rómpense a morir en los recodos.
Acosados tal vez, allí los nautas
Hallan grato abrigaño; allí Proteo
Con una enorme roca
Defendiendo la entrada, se guarece.
En un cabo sombrío ora la ninfa
Al mancebo coloca; entre una nube
Ella misma a distancia se cautela.
Arde en tanto en el cielo
Sirio, y del indo la sedienta zona
Consumidor abrasa: el sol fogoso
La mitad del espacio de su curso
Ha devorado ya: mustios se inclinan
Los agostados árboles; y yacen
Los huecos ríos con las fauces secas,
Oprimidos del rayo, que sus aguas
Sorbe, y el limo de sus lechos cuece.
A esta sazón hacia la usada gruta
Saliendo de las ondas se encamina
Proteo; los mojados habitantes
Del dilatado mar en torno saltan
Y el salado cristal lejos esparcen;
Y ya al sueño sus miembros en la playa
Vueltas acá y allá rinden las focas.
El a su vez (cual en los montes suele
De un establo el guardián, cuando del pasto
La estrella de la tarde a los becerros

Reduce a casa, y el cordero empieza
Al lobo a alborotar con sus balidos)
En medio del escollo alto se asienta
Y su rebaño cuenta.
No despreció Aristeo la propicia
Ocasión; mas apenas vio al anciano
Que fatigado el cuerpo reclinaba,
Precipítase encima
Con gran clamor, y en tierra con esposas
Atale. El por su parte,
Maravillosamente trasfigura
Su ser (antiguas artes no olvidando),
Y en sucesivas formas aparece
Fuego, monstruo feroz, fugace río.
Mas salida no logra su artimaña;
Su semblante recobra verdadero,
Vencido, y habló, en fin, como habla un hombre:
"¿Pues quién traerte pudo,
Mozo audaz por extremo, a mi morada?
O qué buscas aquí?" Respondió el otro:
"Tú lo sabes, Proteo, tú lo sabes;
¿Quién te engañó jamás? Falacias deja.
Por divino precepto vine, en suma,
Y en mi doliente estado
Oráculos espero de tu boca".
Esto dijo no más. El vate entonces
En laborioso esfuerzo
Tuerce inspirado los ardientes ojos
De verdinegro resplandor, los dientes
Rechina, y con palabras
Así descorre el velo de los hados:

"La cólera de un numen te persigue;
Grande crimen expías!
Por ti sumido en sempiterno duelo
Orfeo contra ti castigos lanza;
De la perdida arrebatada esposa
El rabioso recuerdo le importuna,

Y si no lo remedia tu fortuna,
Su sombra tomará cabal venganza.
Huyendo por las márgenes del río,
Huyendo iba de ti con presta huella
La mísera doncella,
Que, al paso, en la alta hierba ay! escondida
La hidra horrenda no vio que allí velaba,
Mortal peligro a su inocente vida.
El coro de las dríadas dolientes
(Sus hermanas de infancia) de los montes
Hinchieron las alturas con gemidos.
Lamentaron del Ródope las cumbres
Y el erguido Pangeo
Gimió, y de Reso la marcial comarca,
Y los getas, su muerte; honrola el Hebro
Y la ateniense Oritia con su llanto.
Con su cóncava cítara él, en tanto,
Consolaba su amor, siguiendo a solas
El curso de las olas;
Y a ti, dulce mujer, naciendo el día,
A ti cantaba cuando el sol moría.
El las fauces del Ténaro, y de Dite
También las puertas penetró, y aquella
Negra selva que horror pone y espanto:
Presentose a los manes, y al temido
Rey y su corte, que al humano ruego
Duros cerraron corazón y oído;
Y arrebatados del divino canto
De los senos del Érebo profundos,
Simulacros sin vida y sombras tenues
Tales iban, y tantas, cual las aves
Que a guarecerse en la arboleda umbría
Encaminan el vuelo
Si el véspero su luz vibra en el cielo
O ráfaga hibernal el monte envía.
Imágenes allí se ven que fueron
O matronas tal vez o ciudadanos,

Magnánimos difuntos campeones,
Y tímidas doncellas,
Y cándidos garzones,
A quienes ya, cabe la alzada pira,
Lloró el padre infeliz que arder los mira.
Védanles el regreso, del Cocito
El negro limo y los informes juncos;
Del odioso pantano la onda torpe
Atájales, y Estigio los circuye
Con siete vallas en oblicuos giros.
Pasmáronse aun las hondas
Tartáreas sedes de la muerte triste;
Aun las fieras euménides, crinadas
De lívidas serpientes, se pasmaron
De aquel mágico acento:
Murió el ladrido en la entreabierta boca
Del can trifauce; y porque el son la toca,
La rueda de Ixïón paró, y el viento.

"Ya el pie el cantor volvía
Triunfante, y de peligros bien librado:
Restituída Eurídice a su esposo,
Del esposo siguiendo las pisadas
(Condición que Prosérpina impusiera)
Ya se elevaba a la región del día.
En esto del amante se apodera
Momentánea locura,
Impetu que perdón merecería
Ay! si el infierno perdonar supiera.
Y fue así que al umbral del aura pura,
El mísero, en su pecho
Venciendo amor y olvido,
Tornó su triunfo a ver: desvanecido
Su trabajo contempla, y lo pactado
Con el tremendo rey, roto y deshecho.
Fragoroso rumor se oyó tres veces
En los abismos del averno, y ella,
'¿Cuál', dice, 'ay triste! cuál demencia, Orfeo,

A perderme ha venido y a perderte?
Atrás hado crüel volver me manda,
Y el sueño de la muerte
Sepulta ya mis zozobrantes ojos.
Adiós! envuelta en pavorosa noche
Arrebatada voy: adiós! en vano
A ti, tuya antes, ay! las palmas tiendo!'
Dice, y piérdese huyendo
Cual humo que en los aires se desata,
En dirección contraria; y al amante,
Que sombras apalpando por cogella
Corre en pos delirante,
Jamás a ver volvió desde ese instante.
Ni del Orco el guardián, en la interpuesta
Laguna, desde entonces
Abrir quiso camino a alma viviente.
¿Y a dónde el triste iría
Una vez y otra vez desposeído
De su bien? ¿Con qué ruego, con cuál llanto
A los manes y dioses movería?
Ella en la estigia tabla iba entretanto
Bogando ya, doliente sombra y fría.

"Siete meses arreo
Junto a las ondas de Estrimón, es fama,
Llorando estuvo Orfeo
Bajo una envanecida roca, y solo,
Tornando al tema infausto y flébil canto,
Al cielo se quejaba y las estrellas,
De bronce a sus querellas;
Y al sonar de su música divina
Manso el tigre mostrose, y por gozalla
Ibase en pos la descuajada encina.
De un álamo a la sombra filomena
Así sus hijos llora
Que duro labrador, dentro del nido
Mirando implumes, le robó en mal hora;
Y en la noche serena

Repite allí en la rama
Su endecha lamentable, y el gemido
En ecos por los campos se derrama.
No hubo ya amor, placer, gustos nupciales
Que su ánimo doblasen. Solitario
Los hiperbóreos hielos y el nevoso
Tánais, y campos que jamás perdieron
Sus hórridas escarchas, visitaba,
Y el rapto de la esposa, y la mentira
De las gracias de Dite lamentaba.
Menospreciadas, del piadoso oficio
Las hijas de Ciconia se ofendieron,
Y en ruidosas nocturnas bacanales,
En medio al sacrificio,
Los miembros del mancebo destrozaron,
Los trozos en los campos esparcieron.
Segado el vulto del garzón divino,
El vulto alabastrino
Que arrastran de Hebro las paternas ondas,
'Ay desdichada Eurídice!' aun decía
Su moribunda voz, su lengua fría,
Huyendo en tanto el ánima ligera;
'Eurídice!' y rodando el son doliente
A par de la corrriente,
'Eurídice!' retumba la ribera!"

Así Proteo dijo,
Y lánzase a la mar; y allí por donde
Lanzándose se esconde
Debajo de las aguas, espumoso
Remolino formó. No así Cirene;
Antes, medroso el hijo,
Con voces tales a alentarle viene:
"De enojosos cuidados, hijo mío,
Libre puedes vivir. La causa sabes,
La causa toda de la peste aciaga.
Ya ves por qué las enojadas ninfas
Con quienes coros en los altos bosques

La triste aderezaba,
Trajeron a tus míseros enjambres
General destrucción. Paz implorando
Tú, y dones ofreciendo,
Vé, y adora las fáciles napeas,
Que acogerán tus ruegos con perdones
Y depondrán sus iras. Oye el modo:
Cuatro elige ante todo
Toros eximios de arrogantes formas,
De aquellos que en las cumbres del Liceo
Tienes, paciendo su verdura; y cuatro
Novillas de cerviz no al yugo usada:
En los adoratorios de las diosas
Cuatro altares erígeles: en ellos
La sangre de las víctimas sagrada
Haz que corra, y tendidos
Los cuerpos deja en la floresta umbría.
Después, cuando los rayos de su lumbre
Haya esparcido la novena aurora,
Por funeral tributo adormideras
En el agua bañadas del Leteo,
A la sombra de Orfeo
Ofrece, y sacrifica una becerra
Propiciatoria a Eurídice; ni olvides
Negra oveja inmolar: gozoso entonces
El paso vuelve a la floresta opaca".

Dijo. Al punto Aristeo
Cumple el mandato de la madre: vuela
A los adoratorios: allí erige
Las señaladas aras: cuatro, luego,
Eximios toros de arrogantes formas
Conduce, y otras tantas
Novillas de cerviz no al yugo usada.
Después, cuando los rayos de su lumbre
Hubo esparcido la novena aurora,
Ofrece a Orfeo el funeral tributo,
Y el paso vuelve a la floresta opaca.

Y allí abejas sin cuento
¡Oh increíble portento!
Hervir contempla en las disueltas carnes
De las postradas reses, y zumbando
Las costillas romper, lanzarse al viento
Como nubes inmensas, y la copa
Asediar de los árboles altiva,
Y en vividor racimo
Negras colgarse a los flexibles ramos.

Esto acerca del campo y su cultura,
Esto acerca canté de los ganados
Y acerca de los árboles, a tiempo
Que César prepotente al hondo Eufrates
El rayo de la guerra
Llevaba, y vencedor leyes ponía
A los sumisos pueblos de la tierra,
Y al Olimpo ensayaba abrirse vía.
De la dulce Parténope a ese tiempo
En el seno abrigado, florecía
En no ruidosas artes yo, Virgilio,
El mismo aquel que un día
Entonara campestre cantilena,
Y en juveniles fuerzas confiado
Cantarte osé atrevido
A ti, a la sombra, Títiro, tendido
De haya copuda, en pastoril avena.